



# CEMENTERIO PROHIBIDO

FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO

---

**CEMENTERIO PROHIBIDO**

---

©Francois Villanueva Paravicino

*A Ali y Adolfo, de un soñador.*

*A Julio y Cristian, de su par.*

*A Efer y los feriantes, de un camarada.*

Soy muy nervioso. Terriblemente nervioso. Lo he sido siempre. Pero, ¿por qué me decís que estoy loco?

*POE*

Y no es de extrañar, pues aun Satanás se disfraza como ángel de luz.

*2 CORINTIOS 11:14*

Cierto, la soledad es peligrosa para las inteligencias que trabajan. Necesitamos a nuestro alrededor hombres que piensen y que hablen. Cuando estamos solos mucho tiempo, poblamos el vacío de fantasmas.

*MAUPASSANT*

...no hay tal mundo real: el mundo es un estado intermedio del ser colocado entre la nada (que no existe), y la realidad (que tampoco existe)...

*PALMA*

Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa.

*QUIROGA*

## EL VERDUGO

He visto la maldición divina en su más alto escarnio, con sentencias irrefutables como las letras de las Santas Escrituras. Sufro aquella imprecación como las bacterias malignas, y tengo miedo en estos últimos minutos. Mi mano y la frente están sudando frío, y tiritó con un escalofrío recorriendo los nervios de mi cuerpo. Mejor sería pararme de nuevo, pero el desfallecimiento es tremendo. Estoy derrotado, y me resulta trágico. Este recinto fúnebre es inexorable. Solo tengo una esperanza: ser perdonado. He asesinado demasiado, y ahora es la hora del arrepentimiento. Estoy arrepentido. Sin embargo, parece no haber tiempo para la compunción.

Con el rifle apunto la puerta y las ventanas, dispuesto a matar. Es la última alternativa. Mi destino es matar hasta morir. En cualquier momento, romperán las puertas los monstruosos caníbales, aquellos bárbaros semidesnudos que se comen a sus enemigos o a sus hijos, y que existen desde los inicios de la humanidad entre los más ruines. De ellos existen testimonios en la Biblia y en los textos antiguos de Egipto, China, Grecia y la India. Y para mi mala fortuna, aún habitan esta tierra adonde llegué de excursión y me separé de los míos al ser atacado por unos leones salvajes. Escapé en medio de la frondosidad selvática, corriendo como un poseso, y, como si estuviese predestinado, caí a un precipicio donde las aguas de un río me salvaron de una muerte inminente. Luego de muchas horas de caminata, llegué a esta cabaña en medio de la jungla; y, al despertar, tenía fiebre y me sentía débil.

Con esta horrenda muerte que me espera, pagaré mis días de impertérrito verdugo de asesinos, brujos, violadores y, es deber admitirlo ante mi conciencia, de inocentes. Pero los caníbales, antes que me coman a mí, tendrán que comer plomo. La luz del crepúsculo es exangüe como mis sentimientos, pero no podría fallar la puntería. La noche es terrible, pero morir en su seno me consuela de algo que la inteligencia no explica. Puede que no pase de esta noche, estoy tan débil, y por eso debo arrepentirme. Después de mucho tiempo, acabo de releer el Antiguo Testamento que llevaba en mi morral, y la parte de las maldiciones aún no se me quita de la cabeza. Yo tengo la maldición. Basta saber de los diez mandamientos y los castigos divinos.

Mi condena reside, creo yo, en haber ajusticiado a inocentes, guillotinéndoles, torturándoles, castigándoles cruelmente. Aún recuerdo sus rostros clamando justicia, perdón, conmiseración; especialmente el desencajado y asustadísimo de un joven albino de mirada cándida. Lo entendí al ver su semblante descompuesto, el temor atroz que le hacían flaquear las fuerzas de las piernas sobre el patíbulo. Era claro que aquel no sabía por qué sus días terminarían así, con la cabeza separada de su cuerpo, sin haber cometido la atrocidad del que le acusaban. Aún recuerdo su rostro mirándome con los ojos vacíos y azabaches. Lo peor de todo es que yo olía su inocencia, como huelo con asco y repulsión el hedor del mal y la culpabilidad.

Ahora han pasado casi una década, y soy un desgraciado. Ahora estoy en el África, sí, en estas tierras infernales, donde el calor y la enfermedad están siempre vigilándote. Ahora la fiebre me postra en este contorno luctuoso. Las fuerzas las tengo desfallecidas, la vitalidad que se extenua, y la mente ofuscada solo puede dilucidar una única verdad: ahora es la hora de la muerte. Tal como antes decapitaba a los sentenciados de la Inquisición con un temple de acero y frialdad incomparables, mis ejecutores tienen el alma recrudescida por la barbarie. He sido un bárbaro y un

maldito, nadie puede indultarme, ni mi conciencia, que es la más cruel castigadora. Atrás quedó el pasado cuando creía que mi trabajo era de un encargo litúrgico, que actuaba por el bien de la humanidad. El arrepentimiento llegó tarde, pero llegó. Es mi consuelo.

He perdido la cuenta del tiempo desde que estoy enclaustrado en esta cabaña. Una cantimplora con agua han sido mi alimento. Soy pesimista. La vida me ha enseñado a serlo. No tuve la suerte de ser alguien. Siempre fui un enmascarado ante el público sediento de sangre, toda la vida oculté mi identidad. Nací estrellado un día que las constelaciones defenestraban imprecaciones. Por eso nunca pisé la universidad, mis maestros fueron las supersticiones, ni pude mantener una relación seria con la gente. El África es mi tumba, tiene fiebres, por momentos de pasión o por momentos de cáncer. Quizás vengan por mí, quizás me rescaten. Guinea Ecuatorial es pequeña, y Annobón lo es más. ¡Por Dios! Veo demonios que bailan danzas ruidosas, con vestimenta de hojuelas y palos de bambú, agitan sus alas negras en un vaivén fluctuante del Mal. Cantan himnos a Satán, lanzan improperios, beben sangre y mordisquean sajinos deformes. Sé que estoy alucinando, pero me embriago con estas sombras relucientes como el neófito con su nueva religión, y soy un diletante ignorante que como una bestia se deja llevar por la corriente del instinto.

Ni en mis pesadillas más atroces he visto aquellas horrendas escenas, ni sufrido este miedo espeluznante que me acelera los latidos del corazón y me debilita la respiración. Quisiera llorar como un niño asustado y triste, pero la impresión ha hecho que mi temple se endurezca como la caparazón de una tortuga lo defiende de los peligros exteriores. No puedo ocultar la desesperación, pero tampoco puedo liberarme de mi propio ser.

De pronto, se rompe la aldaba salvajemente y aprieto el gatillo con estremecimiento. Apunto a la cabeza. Manchas sanguinolentas bañan el suelo, después de que revienten como burbujas rojas. Los malditos corren, pero al recibir el impacto de la bala en la cabeza vuelan hacia atrás. Están hambrientos y tragan balas. Son decenas, y solo yo tengo la maldición. Disparo a profusión. Es la hora de morir. Se acaban las balas y siento la primera mordida. ¡Estoy muerto!

## EL CUADRO INCONSCIENTE

Al ver que Giovanna no apareció aquel anochecer, el pintor Lucrecio Vencedor asumió como verdad la advertencia que ella le venía diciendo los días previos. En una de las bancas de la plaza San Martín, esperó una hora ofertando sus cuadros surrealistas: seres deformes como demonios y diablos fragmentados, paisajes abigarrados y apocalípticos sin orden ni estructura sólida, sueños y pesadillas luminosas o sombrías, o paroxísticas escenas sin forma basados en algún pasaje infernal de la Literatura Universal o de las diferentes biblias religiosas. Al caer completamente el crepúsculo, Lucrecio decidió ir a buscar a aquella mujer que le inspiraba un deseo, una piedad y un misterio inevitables, y así fue al estrecho cuarto de alquiler donde ella laboraba en pésimas condiciones.

La puerta sin asegurar de la habitación de Giovi, como él la llamaba cariñosamente, cedió quejumbrosamente y la halló tendida sobre la cama, vestida con una minifalda roja y una blusa lila, con el rostro bello y sudoroso, en medio de sábanas y cubrecamas húmedas y desordenadas, junto a dos botellas vacías de pisco a su costado. Dormía, pero abrió sutilmente los ojos de pestañas con rímel al sentir la presencia de Lucrecio, sonrió débilmente pero luego hizo una mueca de dolor, y dijo desfallecientemente con voz ebria:

—Vencedor, estoy derrotada. Necesito salir de esto o me mataré.

—No digas eso, Giovi —dijo Vencedor y le acarició la frente húmeda, con amor—. Debes mantener la calma y no desesperarte.

—Lo siento, Vencedor, pero no puedo más —dijo con tono decreciente, limpiándose con los dedos perlas de sudor de la frente. Sus movimientos embriagados eran inarmónicos.

—Giovi, te prometo que desde ahora todo comenzará de nuevo para nosotros. Esperaba esperar más, pero sé que no es necesario más tiempo. Saldremos de esto, mi Giovi.

Giovi le miró tiernamente, iba decir algo pero se sumergió lentamente en el lago sombrío de un sueño profundo, cerrando los párpados trémulos con debilidad. Lucrecio lloró, recapacitó severamente lo prometido, analizó las circunstancias, y decidió con fe y sufrimiento su promesa: Giovi cambiaría el rumbo de su vida y, a su lado como un ser querido, estaría él, para protegerla y ser su compañero fiel.

Se mudaron a una quinta de La Victoria y el artista callejero empezó la época más prolífica de su vida, pintando cuadros a profusión y con una calidad que a veces vencía su mediocridad. Cerca de él, en los alrededores de la plaza Italia, Giovanna ofrecía caramelos en los restaurantes y en el resto de establecimientos, ganándose la vida gracias a la caridad. El desayuno y el almuerzo, que sazónaba Giovi con lo poco que tenían, lo tomaban juntos y, por la noche, si es que habían acumulado una ganancia fuera de lo común durante el día, aprovechaban muy contentos para irse a cenar algo especial, y si no, solo había que dormir con un pan y algo de agua en el estómago. Una tarde, por ejemplo, un señor gordo vestido con terno y bastón elegante, de rostro serio y noble, le pagó a Giovi las dos bolsas con caramelos que ofertaba empeñosa, sin solicitarle la entrega de las golosinas, algo que la pareja festejó con una buena merienda nocturna. Sucedió lo mismo si a Vencedor también le iba bien. Y era común que al menos una vez a la semana existiera una gran noche.

Un atardecer otoñal de aquel año —frío, húmedo y fastidioso—, cuando Lucrecio se

alistaba para recoger sus pinturas e irse a descansar, un tipo de saco y corbata, con lentes dorados de lunas negras y un reloj de plata, se detuvo delante de un cuadro que expresaba el abrazo de dos sombras humanas, donde la femenina tenía enterrado los pies en un lago pantanoso y el varonil la abrazaba como atajándola de una sumersión inminente. El fondo amarillento y difuso era un crepúsculo sanguinolento en medio de un paisaje disforme, con manchas de rojos exóticos y cinabrios exuberantes, pardos arbóreos y azules acuáticos, sombras prístinas como la conciencia más secreta del hombre. El admirador, en ese sentido, lo escudriñó con admiración en la mirada, levantando la montura de las gafas; asintiendo con un movimiento leve de la cabeza y, finalmente, preguntó por el precio.

—Cinco soles —contestó Lucrecio expectante.

El hombre, con gesto calculador, se presentó amicalmente como Ruy Mujica, e interesado quiso saber por otros cuadros de igual calidad que el que tenía en frente, y Lucrecio tuvo que mostrarle el resto de su trabajo que, envueltos en lonas, se disponían hace poco a ser regresados sin ser vendidos. Tras una milimétrica evaluación, que duró unos minutos, Ruy Mujica sonriente le reveló su simpatía por su trabajo, y con gran amabilidad se llevó cinco cuadros pagando con veinticinco soles en billete y moneda, alegando que obras como aquellas deberían valer un precio más elevado. Alabó el exotismo del talento de Lucrecio, prometiéndole que volvería cada cierto tiempo para adquirirlas de diez en diez. Lucrecio se alegró enormemente, le agradeció y, ya en casa, narró contentísimo lo sucedido a Giovi, quien sin sorprenderse mucho le confesó que había soñado la noche anterior a su abuelita fallecida cuando ella tenía quince años y la dejó huérfana en el mundo, y que aquel anuncio onírico siempre le traía buena suerte.

Aquel hombre de talante importante, como lo era Ruy Mujica, acostumbraba regresar mensualmente o cada dos meses para llevarse decenas o docenas de las obras de Lucrecio al contado, algo que aquel artista callejero valoraba en lo más hondo de su admiración. Sin embargo, el pintor ambulante jamás descubriría que la artimaña de su comprador más generoso era revender sus obras en un parque de Miraflores a un precio diez veces más caro. Por el contrario, luego de cada venta hecha por Ruy Mujica a Lucrecio, él y Giovi disfrutaban una buena cena y, si la ocasión ameritaba, juntos y acompañados con los amigos de también humilde condición, se iban a gozar a los conciertos de “Papá” Chacalón en los locales de fines de los setenta de la avenida Grau, donde los dos imaginaban, entre botellas de cerveza y cigarrillos, escuchando a todo parlante cumbias andinas y selváticas, la nobleza de aquel mecenas caritativo.

Por esa época, Lucrecio fue entrevistado por un reportero de un diario local popular y cuya central le dedicó una nota a todo color, algo que le ayudó en la venta de sus cuadros los días y las semanas inmediatas. Con ello, alcanzó cierta cumbre de la época de vacas gordas, y siempre él lo creyó como una bendición por salvar de las garras del Mal a Giovi, quizás el único ser importante en su vida exceptuando a sus padres y hermanos entonces extintos. Al menos hasta ese momento, desde que empezaron a convivir juntos, no enfrentaron muchas penurias como las que se avecinaban.

A las semanas siguientes, Lucrecio Vencedor escuchó o entendió a cabalidad el significado de la llegada del grupo terrorista Sendero Luminoso a Lima, justo cuando empezaron a llegar noticias del suplicio que sufrían los ciudadanos y los campesinos de provincia, o a encontrarse perros masacrados colgados de los postes, a ocurrir atentados mortales en las calles, y desbaratarse conspiraciones sediciosas, y lo que parecía forjar un espíritu de bonanza mejor, terminó por convertirse en un fracaso total. Para entonces Giovi empezó a subir a los micros a recitar poesías de su propia invención, y cobraba la colaboración voluntaria que los oyentes



sentían. Lucrecio también, casi al mismo tiempo, tuvo que empezar a salir a recitar poemas de su autoría en los micros, pues las ventas de los cuadros escasearon hasta convertirse en nulos e incluso el comprador bienhechor Ruy Mujica se había despedido por varios meses la última vez que le compró. Hacer de aedas callejeros y peripatéticos, en efecto, era una de las alternativas más interesantes que les quedaba. Y lo hicieron.

Sin embargo, tenían poco tiempo con ese nuevo oficio cuando llegó lo inexorable.

—Me duele mucho el vientre, Vencedor —le dijo Giovi aquella tarde nublada que regresaban a la quinta luego de recitar cientos de versos—. Y parece que tengo fiebre.

—Ya deberá pasar —le respondió Lucrecio sin sospechar ninguna enfermedad grave.

Y así transcurrieron seis días, haciendo de recitadores poéticos para ganarse el pan de cada día, pese a los dolores físicos de Giovi, cuando la séptima mañana ella ya no pudo levantarse de la cama. Estaba exánime, con los labios pálidos y resecos, su piel ardía y sudaba, con el peso corporal disminuido que recién saltaba a la vista como una certeza irrefutable. Se quejaba de un fuerte dolor que le imposibilitaba ponerse de pie. Lucrecio se asustó y decidió, agarrando todos los pequeños y únicos ahorros, llevarla al hospital de emergencia. El débil cuerpo de Giovanna sufría un cáncer terminal.

Las noches previas a la muerte de Giovi, Lucrecio tuvo sueños extraños luego de llorar muchas horas. Aquel espejismo lóbrego e inconsciente se repetía una y otra vez y fue el vaticinio de su autodestrucción. Soñó espantosamente que él se despertaba en la antigua habitación de ella, vacía y desordenada. Mirar ese habitáculo fue como mirar el cuerpo famélico y desfalleciente de su amada compañera, y le produjo tristeza. Sin poder resistirse, él salía por la ventana del cuarto flotando como una bolsa plástica es arrastrada por los aires de un fuerte ventarrón, y las corrientes aéreas de las afueras le zarandeaban de un lado a otro asustándole con el miedo de una caída. El sueño aparentaba, luego de unos segundos efímeros y atemporales, una vertiginosa caída suya, y percibía como su cuerpo se abría paso a la muerte en el hundimiento aéreo, pero al rato se sostenía de pie y seguro en el piso. Caminaba por el Jirón de la Unión, en medio de nieblas umbrosas y abundantes, sintiendo una atracción del cielo por continuar flotando, y luchaba caminando hasta hallarse frente al portón de tablón oscuro de un edificio viejo. Sin la voluntad natural de los sueños, ingresó sin poder controlarse como si esperara hacerlo desde tiempo atrás.

La habitación era extremadamente oscura y vasta, y empezó a escuchar con terror el estridente y angustioso rayar de alfileres en espejos y pizarras acrílicas, además de los estruendos de pólvoras rojas, gemidos de mórbidos llagosos y cantos broncos e infrahumanos, sollozos de huérfanos, de viudas, y de infelices. Los quejidos y llantos le turbaban la mente, con el clamor de dolor agudo, un sufrimiento voraz; y aunque estos rumores de pesadumbre se extinguían poco a poco olvidados, como si por ser escasos o ajenos no existieran, le resultaba maliciosamente peor.

Lucrecio sospechaba, con cautela, de las creencias que postulaban que las almas de los fallecidos vivían buscando purgarse; ni creía a cabalidad en los fantasmas que vagaban terrenales porque son las ánimas y los pensamientos de los que en vida fueron. Tampoco que los sueños reflejan la subconsciencia que se proyecta en un futuro, un presente o un pasado de alguna de las varias dimensiones a las nuestras; pero las cuales están ligadas indefectiblemente a un destino único; ni que aquella dimensión trata de esclarecer una remembranza de una encarnación humana o advertir algo que nunca debió ocurrir para restaurarlo. Todas esas ideas tenían en él, es verdad, un dominio sugestivo considerable, desde que terminó de estudiarlas en los epítomes antiguos que compraba a mitad de precio a sus amigos vendedores de libros de segunda mano; y es por eso que Lucrecio no las creía, porque las analizó con todos sus sentidos y con un interés científico que

prometió no abandonarle después de vencer las pesadillas anómalas que su cerebro excitado sufría de vez en vez.

Sin embargo, le impactaba sobrenaturalmente la simbolización de aquella mujer que aparecía ante sus ojos, revolcada entre prendas y postrada en una cama en el que se desordenaban las colchas y las sábanas cuando se acercaba más a ella, atraído inevitablemente por la falta de albedrío de los sueños. Esas fuerzas pesadillezcas le acercaban más al espectro femenino, perdurando dominantes hasta que parecía despertarse flotando encima de la cama de Giovanna, listo para volver a salir por la ventana.

La mujer-espectro, de cuerpo famélico y piel arrugada, vestida de negro como una viuda negra, se perdía en una pieza extraña que podría resultar otro compartimiento, después que Lucrecio Vencedor la siguiera volando a cierta distancia, y aunque el tiempo de perseguirla era considerable y creaba suspenso, el pintor no encontraba en ella rasgos que podrían caracterizarla en una persona que él apreciaría o temería tenerla allí, junto a sí.

La escena, no obstante, era tétrica: velas pegadas en medio de las paredes disparaban fuego cada tres tercios y medio de minutos, y luego se apagaban por siete segundos. Existía un cuervo con un ojo bañado en sangre que lo observaba con melancolía y desdén, ajeno a su pesar, que parecía agujerear el aire con su pico. Todo ello acompañado de un coro de voces dolientes, ininteligibles, sufriendo desgarradoramente, de personas invisibles que se dirigían a su persona. También escuchaba susurros endemoniados que de manera recalcitrante parecían juzgar su vida pasada y su presente, recriminándole o hablando mal de su persona. Si miraba el techo de la habitación, una imagen de una virgen envejecida le recriminaba con la mirada, y mientras la observaba más, el rostro de la anciana sagrada se transformaba en una calavera espantosa. Al intentar huir con gran desesperación del compartimiento, finalmente salía por una puerta donde se extendía un paisaje rupestre que asemejaba a un abandonado campo andino, que él nunca había visto en su vida.

Había una casa de barro y paja en medio de un pampón de tierra, más allá unos jardines con exuberante vegetación polvorienta, pero más al fondo un cementerio de nichos blanquecinos en columnas y filas se presentaba terriblemente lúgubre, en cuyo piso de arena se descubría cerca una fosa cavada a media profundidad. Lucrecio asustado, o su conciencia enfebrecida, se asomaba a pasos lentos sin distinguir a nadie a la vista, cautelosamente, sufriendo un mal presentimiento, y, atraído fatalmente, pudo clavar la mirada asustada en un esqueleto de osamenta nívea y pura, tétrica e intimidadora, que como una epifanía satánica, entendía que era su amada Giovanna. Con esa intuición macabra, la pesadilla moría en una angustia tormentosa. Pero como el ave fénix, resucitaba cada vez que Vencedor se entregaba al lecho de Morfeo, para repetirse una y otra vez hasta despertarlo con un sufrimiento terrible.

Al entrar a su habitación después del sepelio, Lucrecio cayó en la cuenta de la rapidez con la que se desencadenaron los últimos y dolientes acontecimientos, como si fuesen su tranquilidad la orilla amenazada por olas enormes de constantes catástrofes marinas. Dudó con incertidumbre sobre la realidad que afrontaba. Miró con paciencia y ternura los objetos de Giovi, todavía en el mismo lugar que ella los dejó antes de ir al hospital, y ese momento sintió una aflicción que le dolió en el alma, un terrible dolor que le desesperó insolublemente. Nunca más la volvería a ver. Sintió como crecía la soledad perpetua. Trató de dormir, y lo logró después de un par de horas. Pero le despertó la certeza que soñaba aquel terrible presagio de la muerte de la difunta, como si persistiera indeleble en su inconsciente. Sí, era la misma pesadilla. El horrendo sueño era devastador, profundo, trascendente, y le impresionó tanto que decidió pintarlo como la obra

maestra que tanto esperó y que siempre creyó habría de devolverle el sueño de los justos.

Aturdido, obstinado y exigente, Lucrecio pensaba en cómo habría de pintar aquel sueño premonitorio, que como una efigie profética interrumpía el agua de la fuente del resto de su inspiración y no le tenía en paz. ¿Cómo pintarlo? Ahí nació el dilema que empezó a martirizarlo con insomnios, falta de apetito, fiebre de amor imposible, anhelos de tiempos gloriosos, melancolía enfermiza y fuertemente depresiva, y también de una eterna búsqueda de la perfección ideal, que le irritaba no poder alcanzarla con la destreza y la fluidez que por naturaleza le caracterizaba. Empezó a buscar la forma, una y otra vez, pero siempre falló.

Trató de pintar el cuadro en su grandiosa totalidad metafísica, pero fallaba, como si aquel cuadro abstracto e irreal le exigiera ser concretado con excelsa maestría y dedicación. Le empezaron a dar ataques de neurosis y de paranoias mientras perdía el tiempo encerrado en su habitación. Se obsesionó tanto que dejó de sonreír, dormir, o salir a la calle a comer o vivir, y finalmente se enclaustró en un solipsismo fatal que le hizo perder la cordura y la fe en la realidad. El desafortunado intento fallido le absorbió seguidamente los sentimientos y la razón, le laceraba la paz espiritual de la buena conciencia, y finalmente le secó los sesos con voces invisibles y visiones monstruosas como la realidad de sus cuadros, aquellos vaticinios demoníacos.

Al par de meses, el dueño que le alquilaba el cuarto, al ver que Lucrecio Vencedor se demoraba en pagarle el arriendo y no se dejaba ver durante todo aquel tiempo, ingresó con su llave de repuesto a ver lo que le pasaba. Encontró, con sorpresa y asco, el cuarto sucio, desordenado y maloliente. Habían excrementos humanos, vómitos, cigarrillos despanzurrados, sábanas manchadas, ropas ensuciadas, zapatos, libros, VHS's y botellas plásticas en el piso, con esmaltes derramados de latitas plomas, y las pinturas artísticas se encontraban con los marcos rotos. «Diablos, qué demonios es esto», se dijo para sí el dueño con terror y, a los segundos, oyó con temor varios quejidos que provenían del baño. Tuvo un fuerte miedo que le congeló la respiración, pero decidió ver qué era aquel sonido. Avanzó lentamente con cautela, se colocó delante de la puerta de madera del baño mirándolo con suspicacia, agarró la manija y la giró con rigor. La abrió lentamente. Adentro estaba medio oscuro. Aplastó con sus manos húmedas el interruptor y, espeluznantemente, bajo la luz mortecina, encontró acucillado a Lucrecio Vencedor desnudo y sucio en una esquina de la ducha, mordiéndose las uñas y agitando la cabeza de arriba para abajo. «Dios mío, el pobre está loco», murmuró secamente el dueño tras frustrar un grito de espanto.

## LA CONDENA DE ISMAEL

El crepúsculo caía bañando en sangre las montañas pardas y verdecidas, y el viento agitaba los ichus y las ramas de los escasos árboles de la pampa. Una docena de ovejas se regocijaban saciándose con el pasto y recostado a pie tendido, a pocos metros de ellos, silbando un ronquido entre los labios, debajo del solemne cielo amarillándose tenebrosamente sin percatarse de la tardanza, Ismael recordaba distraído ciertas historias que le contaron de niño.

Una de ellas era sobre un pastor que volvía a casa en medio del campo, en la oscuridad del atardecer, sin su mascota. Según contaban los ancestros del pueblo, los canes se comunican con las almas y oficiaban de protectores contra los malos espíritus. Sin embargo, el pastor desprotegido aun así no tenía miedo de la lobretez asfixiante. Cuando empezó a regresar a casa vio que un hombre con sotana y con capucha se le acercaba. Anochecía y solo se podía distinguir apenas la silueta avanzando hacia él. El joven del campo lo esperó y el extraño le hizo la conversación preguntándole dónde podía encontrar un puente para cruzar el río. El rabadán le dijo que lo acompañaría y así fueron juntos. En ningún momento, pudo verle el rostro claramente. Una sombra gris cubría la piel de su semblante, que se veía borrosamente. Solo cuando llegaron, luego de ayudarlo a cruzar el puente cargándolo pesadamente, el pastor clavó su mirada llena de pavor en el rostro del extraño: una calavera hueca llena de gusanos y culebras. Se quedó mudo del susto. El extraño se despidió y se fue botando fuego por la boca y haciendo chasquear sus cadenas.

A Ismael le gustaban las historias de terror como aquella y, relajándose, recordó otra sobre María Marimacha, que también oyó de niño. Una señora envió a comprar carne a su hija María. Era mediodía y hacía un calor espeso. Ella fue a comprar, pero en medio del camino se encontró con sus amigos, quienes apostando jugaban canicas en el suelo de tierra de la plaza. El mercado aún estaba lejos y ella se quedó con ellos jugando divirtiéndose por lo menos quince minutos. Ahí perdió todo su dinero. Se quedó angustiada porque no tenía ni un centavo y sus amigos se iban dándole la espalda, hasta que tomó una terrible decisión. El único sitio donde podría encontrar carne fresca y gratis era el cementerio. Y ahí se fue. Consiguió un serrucho y, al llegar, buscó una de las tumbas más recientes donde la carne estuviera todavía fresca, y de tanto buscarlo lo encontró.

Era un nicho reciente pintado de blanco. Con esfuerzo, pudo romper la paredcilla que encerraba el ataúd y, finalmente, lo profanó. Teniendo el cadáver frente a ella, empezó a descuartizarlo y a partirlo a trocitos: le sacó una tajada del muslo y completo el corazón. Seguidamente devolvió todo en orden, excepto la reparación de la paredcilla destrozada. Colocado la carne en una bolsa negra, regresó a casa. Su madre le recriminó la tardanza y almorzaron tarde. Obvio que María no comió ni tampoco cenó. A la hora de dormir, estuvo asustada y no podía pegar los ojos. Sus padres habían salido a un compromiso con su hermano mayor. La pobre estaba sola; sin embargo, pudo conciliar el sueño. En sus sueños, soñó al cadáver vivo que le reclamaba, diciéndole: “María marimacha, devuélveme mi corazón; María marimacha, devuélveme mi corazón”. Se despertó asustadísima, y vio al alma del cadáver sentado al pie de su cama, llorando y gimiendo: “María marimacha, devuélveme mi corazón; María marimacha, devuélveme mi corazón”. María marimacha se desmayó del susto y sus padres la encontraron

muerta al día siguiente.

“Qué historia”, pensó Ismael con cierto ardor. Cuando sintió el frío más apremiante, las sombras más densas y gélidas, con los dedos y las aletillas de la nariz ateridos, un impulso intuitivo le obligó desperezarse con sobresalto, a ponerse de pie con agilidad y precipitadamente alistar su regreso a la comunidad. Presuroso recogió sus pertenencias —un zurrón colmado con hojita de coca, una botella con aguardiente y un rosario blanco de cera— y valiéndose de un báculo, dirigió su rebaño por la senda de retorno.

Avanzada la cuarta parte del camino, no podía sacarse de la mente el extraño sueño que tuvo antes de recordar aquellas historias tétricas. Una iglesia ruinoso en la cima de un cerro, él al pie de ella. Al entrar, en las paredes laterales sucumbían hornacinas con cadáveres de niños y en las bancas monjes cubiertos con sotanas y capuchas rezaban reclinados dándole la espalda. Al frente, en el altar, un padre de colérico rostro y puños amenazantes gritaba a voz en cuello:

—Teme y arrepíentete, impío, sacrilego del Mal, ha llegado la hora, tu hora. —Le apuntaba con la mano temblorosa de ira. Y él se despertaba de golpe.

Empezó a rezar padrenuestros y avemarías en quechua, cuando la oscuridad creaba una atmósfera más fúnebre, y parecía confiar más en las oraciones que en su juventud férrea y el báculo duro. Los bovinos balaban en coro, y el canto de los grillos y las ranas herían el silencio crepuscular.

Sin embargo, al terminar de cruzar, junto con sus animales, el puente hecho a base de tronco, maderas y lianas, una especie de ruido lacrimógeno, como un llanto desesperado, le hizo volverse y ver al otro lado del puente, aquel que había pasado sin distinguir nada ni a nadie, a un bulto con robusta forma humana. Tuvo que aguzar la mirada con esfuerzo para reconocer, con cierta duda, a una persona que creyó anciana y necesitada, solicitándole un favor.

Empezó a sudar hielo y se le escarapeló la piel, y aunque al principio decidió hacerse la vista gorda y continuar su camino, avanzando unos pasos reticentes, giró y fue a ver qué pasaba. Cruzó el puente con lentitud, como luchando consigo mismo, y casi frente a frente de aquella persona jorobada, vestido con chompa, poncho, pantalón y ojotas, sin poder verle el rostro, ocultado bajo un sombrero, le preguntó con voz recelosa:

—Disculpe, ¿qué le pasa? ¿Por qué llora?

Con palabras penosas y débiles, el hombre de figura lóbrega respondió:

—Joven, no puedo cruzar el puente. Necesito que alguien me ayude.

—Y por qué no puede hacerlo. ¿Está bien?

—Soy muy viejo. Ni caminar puedo. Necesito que me cargue a la otra orilla.

Ismael trató de verle el rostro, pero la oscuridad era mucho más palpitante.

—Creo que puedo ayudarlo. ¿De qué pueblo es?

—Soy de Tulluwasi. Usted debe ser de Chinwasi, ¿cierto?

—Cierto —dijo Ismael temeroso—. Pero nunca he escuchado de Tulluwasi.

—Somos apenas siete familias —dijo el anciano—. Ayúdeme, por favor, solo quiero cruzar la otra orilla. Cárgueme, se lo suplico.

Ismael asintió con una afirmación y, venciendo su temor, se le acercó, acomodó el cuerpo del anciano sobre su espalda, y lo cargó con esfuerzo al otro lado del puente. No obstante, lo primero que percibió al liberarse de la carga colocándolo encima de una roca, fue la ausencia de su rebaño, que había desaparecido misteriosamente.

—Señor, usted vio a dónde se fueron mis ovejas —preguntó Ismael angustiándose.

—No se preocupe, joven Ismael, ellas ya se encuentran en su pueblo. Ellas son blancas

como los ángeles más puros. Están a salvo —dijo el anciano con voz desfalleciente.

—Pero como lo sabes —gritó Ismael—. Seguro que usted no es un ladrón. ¿Dónde están sus cómplices? —profirió con rabia.

Sin embargo, antes que tome de los hombros al anciano para sacudirlo con salvajismo hasta que confiese su delito, aquella ira empezó a declinar efímeramente hasta convertirse en un terrible miedo escalofriante. Le temblaba la lengua y le sudaban con frialdad las palmas de la mano, como decían que se sentía uno al ver un fantasma. El anciano de rostro enigmático, sombrío, esperó que Ismael sea derrotado por el pavor, y por fin habló:

—En el pueblo de usted existen varios abigeos, sodomitas, incestuosos, y asesinos. Yo conocí a uno, al tal Kuti, y conformé su banda criminal. Cuando mi pueblo anterior, donde nací, se enteró que formaba parte de ellos, me sacrificaron al apu con una maldición. Desde entonces radico en Tulluwasi, la tierra de los condenados, de aquellas almas que no pueden ir al Infierno, al Purgatorio ni mucho menos al Paraíso. Y ahora necesito de ti, que eres casto y noble, para beber de tu alma y poder ser aceptado por el inframundo.

Ismael aterrorizado vio como el anciano, hace poco encorvado, se irguió y cobró forma de espectro demoníaco de oscura perpetuidad, articulado con cadenas gruesas y estridentes sobre una osamenta esquelética en el centro de las tenebrosidades corporales, con el cráneo níveo arrojando un hálito de fuego entre la dentadura.

Como una descarga eléctrica desencadenándose en sus fuerzas, Ismael empezó a correr tratando de huir, pero una cadena ardiente le sujetó del tobillo y le tumbó al piso y empezó arrastrarle hacia el condenado sediento de muerte, quien como una guadaña mortal, le quitó la vida a Ismael.

Al día siguiente, hallarían el cadáver del joven más excéntrico de Chinwasi debajo del puente, atrapado y ahogado entre las enredaderas enmarañadas del río. Los que lo vieron entonces, dijeron que su rostro se apreciaba más aterrorizado que nunca, con el pánico y la más grande desdicha en la mirada, que viva era transparente y amistosa. No dudaron que su alma penaría, y el puente pasó a ser venerado con consideración. Al costado, le levantaron un pequeño santuario, que, cuando la miraban, se santiguaban, ponían flores y encendían velas en memoria de su alma.

## LAS HELADAS

El tambo, que habría de sufrir los estragos de las voluntades de la naturaleza, se levantaba en una colina pedregosa y polvorienta al borde de una quebrada donde en medio corría un crecido río de aguas límpidas por las tardes y extremadamente frías en las noches. El nombrado tambocamayoc por las siete familias entonces era el auca más anciano de todos, estrábico de mirada y cabelludo de peinado, considerado sabio, que sufrió un ataque cardíaco la noche que vislumbró en sus sueños la proximidad de los malos tiempos.

A una semana del duelo mortuario, en plena tarde ardiente de pastero de llamas y alpacas, un chaparrón duradero con vendavales y truenos desenterró las raíces del árbol en el cual se amarraban las sogas de maguey, donde se deslizaba la cesta de la oroya de una orilla a otra, destruyendo así el transporte colgante. Al día siguiente, cuando las mujeres presurosas por su negligencia confeccionaban a última hora los tejidos de lana para la oroya nueva, la helada andina más duradera habría de iniciarse acompañada de lluvias torrenciales constantemente, arremetiendo con tal magnitud que los puellacoc uamracona, niños juguetones, enfermaron gravemente con la gripa, y, a los días, los tres únicos niños de teta, llullo llocac uamracona, con el tuerto quipo camayoc y el mudo despensero, murieron asfixiados por la neumonía.

Una templada mañana, después ya de los entierros, el pueblo convocó a cabildo. Se eligió al nuevo funcionario inca para suceder al muerto y se ordenó guardar la calma hasta que la helada pasara o llegase el curaca de la zona con los auxilios propicios; más el frío y sus aguas, inevitables, quemaron los trigales, los maizales, los papales y el resto de los cultivos, arrasaron los eucaliptos, las cactáceas y los árboles frutales, libraron una lucha por vivir contra los ichus y puyas; las llamas, alpacas, guanacos, vicuñas, empezaron en aquellos momentos a ayunar y enflaquecer lanosos, que a cuatro semanas la aldea, despensa y arsenal, había perdido más miembros, dilapidando todas sus reservas en los ayllus del tambo, cuyos terrenos se extendían grises y desdichados emanando el bálsamo de la muerte.

El frío era tal que no bastaba que las mujeres se abrigaran prudentemente estrenando sus anacos coloridos, tiritando aferradas a sus llicllas pardas prendidas en sus pechos por unos alfileres de plata, con sus chumpis bien apretados; ni que los otros vistieran arropados sus cálidos uncus tunicales, sus huaras interiores mejor puestas, o sus medias de lana gruesa entre sus ojotas. Tampoco nada pudieron hacer los rituales con sacrificios de los mejores auquénidos y las ofrendas de las más aperitivas comidas, para que su taita Inti se apiade de ellos y acabe sus castigos; ni sirvieron las fiestas en honor a Aquél, con antaras, quenas, baqueta y wankar, fingiendo compunción.

Solo cuando las esperanzas empezaron a desfallecer, pues las especulaciones apuntaban que el tambo había sido olvidado por el Imperio con la construcción de algún atajo allá y los rumores esbozaban la resignación, se oyeron los ecos del anuncio armonioso del pututo de chasqui cuando el que lo sopla, veloz, se asoma. Era de tarde y hacía un calor embustero, pues aparte de calentar poco a los hombres, mataba a las plantas. Efectivamente, era el llegado un chasqui, fornido joven mensajero de piel tostada por el sol seco y maltratado por el clima en sus viajes, que les anunciaría, a gritos y de extremo a extremo de la quebrada, la fraternal Guerra Civil en el Imperio y la crisis política en todo el Tahuantinsuyo. Además, según el viajero, nunca se construyó

una trocha, ya que la hubiese utilizado por la urgencia del mensaje que traía consigo. Sin otras alternativas, al azar y desesperadamente, le encomendaron los tambinos, también a voz en cuello y en quechua, de informar los nefastos sucesos al curaca de la región lo más pronto posible, pues se estaban muriendo congelados. El chasqui, a lo lejos, con unos gestos de comprensión y afirmación los engañó, y se fue corriendo nuevos caminos levantando polvo para entregar el mensaje que reveló a los que se congelaban.

El ardor de aquel día plateó las carreteras del tambo hasta el crepúsculo. Una neblina dorada y caliente agazapó vespertina las grises montañas abruptas y soberbias frente a ellos escondidos en sus casas de piedra, barro y paja; el viento ceniciento y su perenne canto jugaron con las brozas que arrastradas recorrían esas tierras milenarias. Y al ponerse el sol en un horizonte vago, comenzó el auge de los malos tiempos, que si tal lo resistieran los hombres podrían confiarse ellos de que todo regresaría a la normalidad y felicidad de sus antiguos días. La lluvia, truenos y vendavales, cayeron con tal furia que aparte de encharcar, enlodar y derretir poco a poco las paredes de adobe de las viviendas, causó huaicos y derrumbes de los cerros; y los aludes de tierra mojada aplastaron tres hogares en instantes violentos. Los que salían de sus casas, ya porque su techo se derrumbaba, ya porque el agua turbia los inundaba, ya por la consternación del estruendo y la vista desesperante del avanzar de la avalancha hacia ellos, eran atrapados en plena huida por los truenazos que los sancochaba. Y la viva naturaleza mortal acometió por oscuras horas hasta el final de aquellos hombres, a eso de la alborada.



## Enigmas

La pandilla de Tim reunía a temibles forajidos de aquella árida y húmeda ciudad. Eran seis despiadados sicarios, asaltantes, estafadores y maleantes, cuya notoriedad salió a flote con una desafortunada fechoría — un golpe a un banco con víctimas mortales —, que los convirtió en los más sanguinarios y los más buscados.

Aquel recrudescido invierno, con las veredas aún húmedas por la garúa nocturna, Tim, de chaqueta oscura y un pantalón azul de tela poplin, cruzó la avenida y aborreció el lóbrego panorama. Sus botas pesadas dejaban huellas en las pistas como estelas en la orilla. Una cadenilla de oro enroscada a lo largo de la correa y la pistolera, además de un sombrero de vaquero oscuro, en cuya frente de acero decía Necrofuck, le daban un aire desenfadado.

Avanzó entre videopubs, restaurantes, bares, tiendas, viviendas residenciales, hasta que se halló frente al local de entrega de encomiendas de la agencia de viajes. Antes de ingresar, dudó; observó a todos lados con desconfianza y malicia, como si temiera hasta de su sombra.

Los mostradores de vidrio, iluminados con fluorescentes, exhibían cartas, estampillas, postales y otros recuerdos de valor histórico. Al ver vacía la recepción, sacó su sombrero y dejó ver unos cabellos ensortijados y casi huraños. Al colocarlo encima del tablero de atención, tocó el timbre tres veces seguidas.

Del cuarto del fondo, oculto tras una cortina sucia y raída, parecía que alguien ordenaba los paquetes mientras tarareaba un *soundtrack* japonés con alto volumen. Al escuchar el llamado, apareció lentamente un anciano raquítico, con enormes gafas y bigote cano. Era el viejo Clark, quien al ver a Tim resolló como un cerdo; saludó con desgano y volvió a meterse al cuarto del fondo. Por su parte, Tim pudo reconocer que no hubo nada extraño en la reacción. Aquel vejete todavía creía que era John, un taxista o un pobre diablo, igual daba.

Clark volvió a aparecer — casi trastabillando — con un sobre manila, que estrujaba tembloroso como si ya no controlara su mano diestra. «Deberías tener piedad de mí y tocar una sola vez, John, pareces un niño», dijo quejumbrosamente y le entregó el sobre. Después que Tim lo tuviese entre manos, el viejo guardó silencio, temeroso de haber dicho algo indebido; sin embargo, sin poder evitarlo, continuaba soltando resuellos involuntarios.

Al salir, Tim se dirigió a la taberna de la otra calle. En el trayecto, abrió el sobre. Inesperadamente, halló una carta y un pañuelo escarlata que le impresionó con fuerza, pues aquel era el recuerdo infantil de sus padres. El sentir aquel aroma le trasladó al jardín de gardenias que su viejo cuidaba en su trabajo. Luego de olerlo con gran afecto, prefirió leerla con sus amigos, e ingresó a la taberna aun sujetándola entre los dedos. Sus amigos bebían en una mesa a mitad del establecimiento, fumando como chinos en quiebra y jugando a los dados como tahúres haciendo negocios.

Al ver a Tim, le gastaron bromas y le pidieron que se una a las partidas; e incluso Adam le ofreció un cigarrillo y una copa de cerveza. Sin embargo, Tim dijo con la voz suficientemente fuerte para imponerse entre la música y el ruido de las celebraciones:

— Deténganse .

Sus amigos, en alerta, lo miraron inquietos. El más impulsivo, de rasgos afrodescendientes y de nombre Mardey, aun así, preguntó: «¿Qué pasa, Jefe, ya no quieres jugar?». Tim, o también el

Jefe (como lo conocían), frunció el ceño y, ágilmente, como si lanzara un puñetazo, ofreció la carta a Adam.

—Lee esto, Adam.

—Está bien, Tim, está bien. No tienes por qué molestarte y tratarnos como tontos, camarada. Presten atención. —Le quitó la carta y leyó — : Señor John, hermano responsable de Oswaldo Ccarden...—Adam miró a su alrededor. Tim, con incomodidad, le hizo un gesto para que continuase... Se le pide a usted que debe viajar urgentemente a Falacia en cuanto reciba esta carta. Se le informa con mucha tristeza que su hermano ha enfermado gravemente de una infección letal y monstruosa... El señor Oswaldo Ccarden, en su lecho de convaleciente, nos dijo que le escribamos a esta dirección y le enviemos este pañuelo, que, según nos dijo, es muy significativo para usted. Lamentablemente, no pudo darnos algún número telefónico. Por ello, las personas que estimamos a su hermano, le suplicamos que usted pueda visitarle lo más pronto posible...

—¿Qué más?

—Nada más, Jefe. Solo firman: «Amigos del señor Oswaldo Ccarden; 30 de abril, mes de las letras». Es decir, te lo entregaron casi dos meses después.

—¿Vas a viajar? —preguntó Mardey—. He oído de aquella ciudad. Creo que el gordo Fabrer es de allá —intervino Mardey—. Me dijo que era un maldito pueblo olvidado.

—Cállense. Ya estamos en junio... El viejo inútil de Clark se demoró en avisarme. Le daría una paliza ahora mismo...

—Nosotros lo haríamos por ti. Lo desapareceríamos sin que nadie se dé cuenta... ¿Verdad, muchachos? —dijo Adam. Todos afirmaron con la cabeza con camaradería. Tim golpeó la mesa y el resto guardó silencio.

Los tres clavaron desconfiadamente la mirada en Tim, quien puso su sombrero sobre la mesa y se le vio resbalar una gota de sudor por la frente adornada con rulos. Al limpiárselo con el índice, dijo resueltamente:

—Será bueno tomar unas vacaciones, pero sólo lo haremos nosotros. Waneta se queda aquí. Es nueva recién, y podría aprovechar su tiempo en otras cosas. Y será mejor partir cuánto antes.

Los tres asintieron, incluso Dark le ofreció la mano y Tim tuvo que aceptarla con una mueca de contrariedad en los labios. Entonces se pusieron de pie, Mardey pagó la cuenta y fue el último en salir. El auto echó a correr.

\*\*\*

La guarida era una casa vieja, de dos pisos y de material noble, con un pequeño sótano comunicado por una escalerilla, donde ocultaban su armamento. Desde temprano, Waneta había salido a pasear con su enamorado, un comandante de la policía. Entonces Dark, quien manejaba una sarta de llaves, abrió la puerta. Conversaron sobre otros temas, pues prefirieron no hacer más preguntas sobre aquel hermano de Tim, de quien nadie del grupo había escuchado alguna vez.

Sin embargo, como siempre hacían sus cosas, tenían planeado partir de inmediato. Tim alistó unos cuantos cartuchos de su magnum, igual que Mardey para sus pistolas, Adam para su rifle, y Dark para su revólver. Por su parte, el Jefe escribió una nota a Waneta, después de intentar conversar por el celular, explicándole su partida y prometiéndole un pronto regreso. Le encargaban la vivienda y le dejaban su parte del último negocio.

Viajaron varias horas, como casi un día completo, solo deteniéndose en las tiendas o restaurantes que necesitaban. A las tres de la madrugada, llegaron a un pueblito de clima seco, penetrante, con un frío que calaba hasta los huesos. Ahí buscaron alguna tienda para proveerse de más alimentos; pero todas estaban cerradas, con las calles deshabitadas y misteriosas. Cuando casi la dejaban atrás, una ancianita intentando cargar un costal, luego de cerrar una carpa ambulante, les llamó la atención. Los hombres de Tim le saludaron y, tras cierto diálogo mezquino, finalmente la convencieron para que les venda frutas, pues fue lo que ella les ofreció luego de ser persuadida. Sin embargo, pudieron notar cierto aire tétrico y preocupado en la doña, o tal vez solo fuese cansancio.

Saliendo del pueblo, casi atropellaron a un perro callejero. Casi a las cinco de la madrugada, cuando solo Adam conducía y sus amigos se daban la siesta, entre una espesa neblina, aquel distinguió un oso polar con cabeza de león, como un monstruoso bulto blanco trastabillando, que avanzaba con esfuerzo al costado de la carretera. Por alguna extraña razón, en vez de acelerar, Adam soltó una lisura, pisó el freno violentamente y bajó del auto empuñando el revólver de buen calibre. Sus amigos lo escoltaron luego de despertarse y ponerse alertas. Sin embargo, el monstruo se había perdido avanzando parcamente entre las tinieblas y las nieblas.

—¡Diablos, desapareció! —gritó Adam sorprendido.

—¡No nos asustes con falsas alarmas! ¡Debes tener más cuidado! —rugió el Jefe. Al instante, cuando Adam trató de justificarse, Tim le dijo—: Se nota que es tu primer viaje por las alturas.

Adam, dubitativo y consternado, tratando de ocultar la vergüenza en su rostro mientras maldecía aquella visión, sin mirar a sus compañeros, subió ágilmente al auto y encendió el motor. Cuando sus compañeros se acomodaron piteando, pisó el acelerador raudamente. Ya juntos, Mardey contó que en el funeral de un camionero, había escuchado historias de conductores que cuando bisoños cruzaban la sierra por vez primera, tenían grandes probabilidades de sufrir avistamientos de fantasmas y seres extraordinarios. Y narró el relato de una joven atractiva y hermosa que detuvo un vehículo para encomendar al chofer que entregue una cajita con un anillo de bodas a sus padres. Antes de aceptarle el favor, incluso el conductor la llenaba de halagos y piropos; pero cuando se despedían y llegaba a la casa del encargo, aquella familia sufría un funeral. Era el velorio de la misma chica, quien había sufrido un trágico accidente de tránsito.

Al par de horas, apreciaron un clima limpio y fresco, que era barrido por nubes de polvo. Se detuvieron detrás de varios autos detenidos en medio de la vía, que habían incluso hasta en sentido contrario. Tim, Dark y Mardey bajaron para ver qué pasaba; debido a que donde estaban no apreciaban a personas dentro de aquellos vehículos; Adam aguardó al volante.

—Tengo ganas de miccionar —dijo Mardey—. Buscaré un baño.

—Anda ve —asintió Tim—. Nosotros veremos qué pasa.

Al tratar de encontrar a alguien, Tim y Dark fracasaron. Tuvo que bajar Adam y vio en sus rostros síntomas de preocupación. Nadie había en las tiendas, ni en los autos, ni en las casas, ni hasta en los servicios higiénicos, como dijo Mardey al unirse a ellos. No había rastro de saqueos ni sangre —que fue lo primero que temieron—, sino apenas cierto desorden, como si todos se hubiesen esfumado de la nada. Sin embargo, cuando el sol todavía iluminaba frescamente, pese a la vista de nubes grises y cargadas, alistándose para una tormenta, todo estaba tranquilo y vacío.

—Qué diablos pasa acá. No hay nadie —exclamó Mardey.

—Bueno, muchachos, solo nos falta una hora para nuestro destino —dijo Tim—. Supongo que nos darán una explicación al llegar. —Los miró y ellos le vieron los ojos confusos; se volvió

y avanzó hacia el auto. Al subir al volante, pues había decidido conducir, cerró con un portazo. El resto le hizo caso y subieron. Antes que arrancase, Tim hizo una observación: todos los autos vacíos tenían las llaves respectivas.

—¿Y si vamos cada quien con un auto? —propuso entonces Dark—. Quienes sean, nos han dejado libre el banquete.

—Sería exponernos —observó Adam.

—¡Al diablo con eso! Si hay autos sin dueños, será mejor que los usemos —dijo Mardey entusiasmado—. ¿Quiénes me siguen?

—Yo tomaré uno —dijo Dark. Tim incluso opinó lo mismo.

Mardey fue el primero en apearse, y junto con los que le siguieron, ocuparon respectivamente los automóviles vacíos. Tim, por su parte, analizó aquella extraña situación. Y comunicó a sus compañeros, a través de los móviles, que estuvieran alertas. «No podemos estar tan confiados», dijo Tim.

—Ya lo dijo el gordo Fabrer, es un maldito pueblo olvidado. Estamos en el trasero del país, camaradas —dijo entusiasmado Mardey, quien podía acelerar a gusto por dirigir el grupo en la punta.

—Será divertido ver lo que nos espera —expresó Dark emocionado—. Y estas cosas me emocionan.

Los cuatro amigos tenían activado el altavoz y podían conversar a gusto.

—¡Bah! Al menos espero poder desquitarme de la aparición de aquel monstruo de las alturas. Me dejó en ridículo, como si yo fuera un sujeto ridículo. Lo pude ver con mis propios ojos, y yo tengo una mirada de halcón.

Sin embargo, pese a la jovialidad de los amigos y a las chanzas que se prodigaban, Tim sufría un mal presentimiento. Como se tenía previsto, al llegar a la entrada de Falacia —aquella ciudad que ninguno de ellos había visitado y solo se guiaban a través del mapa digital de sus celulares—, cayó una lluvia torrencial. Al ingresar a las calles, observaron las casas con puertas maltrechas, ventanas rotas, algunos techos de calamina a punto de desplomarse, y algunos canes y cadáveres humanos despanzurrados yacían tirados en las veredas. Al final de la avenida de ingreso, pudieron distinguir un incendio, que encumbraba una torre de humo negro que crecía atizada por el viento y la lluvia.

—Diablos, camaradas, están viendo lo mismo que yo, o mi cerebro está enloqueciendo —dijo Mardey asombrado, quien había reducido la velocidad.

—¡Maldición, esto va más allá de lo que esperaba! —dijo Dark entusiasmado.

Casi al cruzar la dependencia policial, de un solo piso y hecha a base de maderas, a cuyos costados de la entrada descansaban hileras de sacos de arena oscuros y verdes, vieron una multitud que avanzaba hacia ellos. Mardey frenó en seco. Sus camaradas hicieron lo mismo, excepto Tim, quien pasó por delante de ellos por el costado y se colocó finalmente a la cabeza. Cuando Tim descendió del vehículo, vio con horror que aquellas personas de aquella masa informe y abigarrada, estaban manchadas con sangre, tenían las cabezas rotas, las pieles y las prendas desgarradas. Y entonces la multitud empezó a correr violentamente hacia ellos.

—¡Por los malditos cielos! —gritó Mardey—. Son unos malditos monstruos.

—Tranquilo, Mardey —dijo Dark—. Los monstruos no existen y aquellos deben ser los enfermos del pueblo.

—No me digas que los que vienen del otro lado también lo son... —lanzó Adam con un alarido al ver salir a aquellos extraños seres por donde la pandilla de Tim había ingresado.

También aquellos presentaban heridas sangrientas y sufrían cierta putrefacción de su cuerpo.

—¡Por Dios! Estamos acorralados —gritó Mardey asustadísimo y subió al auto de Tim.

—Primero debemos saber si de verdad son monstruos o son los habitantes de este endemoniado pueblo, como dice Dark —dijo el Jefe, cuando al instante salió un cuerpo carbonizado de la casa que se incendiaba y empezó a avanzar dando tumbos con las manos extendidas—. ¿Qué monstruosidad es eso? Saquen sus armas. Las vamos a necesitar.

—¡Suban rápido! —gritó Mardey desde el volante.

El auto corrió como un bólido, atropellando y esquivando a varios de aquellos seres, hasta llegar a una curva, donde un puente destruido y en escombros les impedía huir. Al otro lado, algunos seres extraños, cadavéricos y macabros, intentaban cruzar el río un poco cargado. Tim, imperturbable, ordenó volver a la dependencia de seguridad; tendrían que luchar contra varios de aquellos seres al bajar y advirtió a los suyos.

El vehículo avanzó ferozmente hacia aquel establecimiento, atropellando a más de aquellos seres extraños, que pese al golpe brutal, volvían a ponerse de pie. Por su parte, Mardey buscó un espacio cerca de su destino para que puedan apearse y emprender el internamiento. Al lograrlo, en segundos, los cuatro avanzaban cubriéndose y disparando a quemarropa contra aquellos monstruos que vestían harapos y sufrían heridas bañados en sangre, donde bastaba una bala del magnum de Tim para que los sesos ardientes y malignos explotaran. Sin mucha batalla, casi de inmediato, lograron su objetivo: la puerta cerrada de la comisaría fue abierta de varias patadas propinadas por Dark. Una vez adentro, aseguraron la entrada cubriéndola con algunos muebles, que detendría a aquellos seres horripilantes; y, seguidamente, se alistaron para defender sus vidas. Sin pensarlo mucho, estaban convencidos de que aquellos monstruos eran zombis, en el sentido que se le da en la actualidad.

\*\*\*

Las gotas cayeron al abismo, oscuras sombras la recibieron, en un tembloroso abrazo ígneo, encumbrando vapores donde flotaba la hojuela enmohecida, que perteneció en tiempos anteriores a los árboles entonces vivos. Aquel asteroide, atravesando la atmósfera, se aceleraba cada vez más, arrastrando chispas y gases tóxicos, transportando vidas de extraterrestres y seres malignos. Bastaría aquel impacto brutal contra la tierra, surcada por rastreras y ríos, embellecida por magnolias y pinos, adornada con edificios y culturas, visteadas por halcones y la materia oscura; en fin, de todo lo bueno y lo malo, para provocar el apocalipsis del planeta.

Terremotos sanguinarios, temblores catastróficos, cisco de cien mil decibeles, desesperación y lucha, sequías y maremotos embravecidos, incendios encapotando el cielo y transformándolo en oscura sombra. Al inicio era el verbo, la palabra de Dios, y al final, un mundo posible, es la ausencia de Él, el vacío oscuro de la nada, pues nos ha abandonado. Quizás la Ausencia, sea la Indiferencia o la Ilusión de una falsía, pero siempre es la imperfección de la Fe.

Las sombras bañan la superficie después de tanto arder, con un panorama nefasto. ¿Existen sobrevivientes? Sí, pero muy pocos. Están sin mano, cojos, tuertos, con quemaduras, heridos, desmayados, o agónicos. La desesperación se exhibe en rostros sucios, la ignorancia, el sopor, el miedo, la desilusión y la tragedia, aprecian su debilidad con pésame, con profundo dolor, tan profundo como antes eran sus sueños, su felicidad y su ideal.

La pandilla de Tim sufría un jaque casi autoinfligido. Aquellos zombis golpeaban y porreaban aquella vivienda dispuestos a entrar a como diera lugar, y solo contaban con un piso.

Sin embargo, gracias a la astucia del Jefe, lograron trepar al techo y destruir el contacto con la primera planta. Aunque todavía los monstruos no habían logrado romper el cerco principal, los facinerosos sabían que no tardarían en hacerlo. Pero, como grandes conocedores del oficio del peligro, disfrutaban disparar contra sus enemigos mortales, como se goza cuando se caza un pato o se pisa una cucaracha. Cuando el cielo empezó a escampar y el sol punzar su ardor, los aliados, hastiados de disparar cientos de balas, vieron la necesidad de salir de aquel patíbulo.

—Necesitamos salir de este maldito aprieto —dijo Adam, con el rostro, la ropa y todo el cuerpo sudado.

—La única opción es recuperar el auto —dijo Tim, mirándolo con suspicacia. A su costado, Mardey de un balazo tumbó a un joven de aspecto monstruoso—. Y la única forma es que alguien salte desde acá hacia la capota, ingrese cubriéndose y cubierto por nosotros al volante, y abra espacio para que nosotros lo acompañemos.

Sin embargo, cuando el resto cavilaba con seriedad aquella posibilidad, desde la entrada del pueblo, se escuchó el rugido de una camioneta abriéndose paso, con ferocidad y potencia, entre aquella masa monstruosa. No satisfaciéndose con arremeter de forma directa y salvaje contra aquellos seres, la camioneta parecía atacar cruelmente a cada uno de aquellos zombis, girando de un lado a otro, retrocediendo y avanzando, arrollando y rematando, ensañándose con gran fiereza. Solo cuando vieron que la camioneta limpiaba el camino, cada vez más cerca de ellos, vieron que una escopeta apuntaba (ya a la derecha o la izquierda de la cabina) y disparaba mortalmente contra aquella enjambre que ansiaba la miel.

—Diablos, es Waneta —dijo Mardey.

—Y no viene sola —dijo Tim—. Trajo a su media dinamita.

—Pues debemos ayudarles a limpiar este maldito lugar —dijo Dark.

Al instante, de manera rápida y ordenadamente, saltaron hasta la camioneta y, ya en el piso, dispararon a profusión contra los monstruos. Así, luego de varios minutos de contraataque, aquellos seres estaban más muertos que nunca. Entonces, con gran audacia, la camioneta se estacionó delante de los hombres de La pandilla de Tim.

—Fui su salvación, queridos —dijo Waneta al verlos frente a frente. A su costado, el comandante Maycol sonreía.

—Al final, sabes que todo lo que hiciste yo lo pensé —dijo Tim, colocando su magnum en el cinto—. ¿Cómo estás, Maycol?

—Si no fuera porque eres demasiado listo, diría que eres un perro malagradecido —dijo Maycol, sin perder la sonrisa en sus labios.

Los seis sonrieron campechanamente.

—Bueno, como todos saben acá, vengo por Oswaldo Ccarden. Y la única forma de saber dónde está, es buscar allá —dijo Tim señalando una casa al final de la avenida, donde tiempo atrás habría funcionado el municipio.

Sin más reparos, fueron a pie, armas en ristre, hasta el palacio municipal, que también se comunicaba frontalmente con un pequeño parque que parecía ser la parte céntrica del pueblo. Mientras avanzaban, tuvieron que disparar a unos cuantos seres que de pronto aparecían con ganas de darles una mordida. Al llegar, el palacio municipal había sido tapiado por dentro, todas las ventanas y todos los ingresos permanecían fuertemente asegurados. Cuando decidieron forzar la puerta, un balazo se escuchó en los aires. Clavaron su mirada en el techo; con un rifle, un sujeto les apuntaba amenazantemente.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió el hombre con desconfianza.

Tim, retrocediendo más que sus compañeros, gritó:

—Solo queremos saber qué es de Oswaldo Ccarden. Si todavía vive o algo le ha pasado.

—¿Por qué se meten en nuestros asuntos?! ¿Quién les ha llamado?! ¡Les ordeno que se larguen! ¡No se metan en nuestros asuntos!

—Solo dínos dónde vive Oswaldo Ccarden, y nos iremos inmediatamente.

—Les advertí —exclamó el sujeto; pero antes que apriete el gatillo, los seis casi al instante le dispararon varios tiros contra su pecho. El sujeto cayó muerto de espaldas.

Sin embargo, al siguiente fragmento, una metralleta lanzó varias ráfagas de disparos desde adentro. Los amigos tuvieron que agacharse y colocarse a recaudo, cubriéndose y listos para atacar; no obstante, Maycol tenía una mancha de sangre en el hombro y sudaba a borbotones. Luego de varias ráfagas de disparo de la metralleta, una voz furiosa y enérgica gritó:

—¡Lárguense, malditos! ¡No se metan en nuestra guerra! Si quieren saber sobre Oswaldo Ccarden, les digo que él ya murió la semana pasada. No pudo soportar ser mordido por los muertos vivientes. Se destruyó él mismo el cráneo de un escopetazo. Y ahora sí, ¡lárguense!

Tim, escondido tras la pared del cerco del palacio municipal, al costado de Adam y Dark, gritó con total indignación:

—Quieres que crea que mi hermano se ha volado los sesos así nada más.

—Es mejor que se larguen antes de la noche, pues los demonios de los muertos vivientes, junto con aquellos cadáveres monstruosos, vendrán a guerrear contra nosotros. Y entonces ustedes estarán perdidos —clamó una voz dura y seca—. ¡Así que no se metan con nosotros! ¡Es por su bien!

Sin embargo, Tim empezó a dar órdenes con señas a los suyos para ejecutar una ofensiva.

—Si Oswaldo Ccarden está muerto, esta guerra también es mía. Lo siento, pero los culpables tendrán que pagarlo.

Justo cuando los hombres de Tim se alistaron para ejecutar la acción, varias ráfagas de balazos llovieron a sus costados, apenas distanciados por pocos centímetros. No era necesario gran perspicacia para que comprendan que les habían perdonado la vida. Cuando prestaron mayor atención, vieron que decenas de hombres fuertemente armados encima de los techos de las casas vecinas, e incluso de la misma municipalidad, les apuntaban amenazantemente.

—Será la última advertencia —exclamó la voz desde adentro—. Si ustedes manejan bien las armas, nosotros hemos luchado con mejor armamento desde que nacimos. ¡Lárguense!

De repente, la puerta del palacio municipal se abrió y salieron señores vestidos con trajes sucios y sudados, con sus respectivas armas de fuego. Cuando Tim los vio cerca, vio que tenían los ojos de pupilas blancas, como si sufrieran cataratas severas.

—Suelten sus armas y levántense con la mano en alto —dijo aquella voz dura y seca en labios de un barbudo, de rostro enjuto y arrugado, alto de estatura y flaco de contextura.

Tim, junto con su pandilla, se sabían acorralados; y así el Jefe les ordenó obedecer. Se pusieron de pie con las manos vacías, aunque Maycol se sujetaba el hombro herido con un gesto de dolor, al lado de Waneta y Mardey.

—Ahora vayan a su camioneta y lárguense. Les perdonamos la vida solo porque se deshicieron de varios de nuestros enemigos. ¡Incluso pese a la pérdida de uno de los nuestros!

Los hombres de Tim, junto con el Jefe, se miraron contrariados. Los que los conocían, hubiesen pensado claramente que tenían un plan secreto, lo que era cierto; pero para ejecutarlo necesitaban salir de aquel aprieto. Mientras caminaban escoltados por aquellos guerreros, vieron en los techos a cientos de hombres con el rostro fruncido y molesto apuntándoles con rifles y otras

armas, que les seguían el rastro tan sutil y fijamente. Al llegar a la camioneta, azuzados por sus captores, Tim se aferró al volante y encendió el motor, con sus amigos acomodándose en los asientos libres.

—Ahora espero que puedan superar el viaje de regreso. Vayan con Dios —exclamó el extraño habitante.

Tim arrancó la camioneta, con un sentimiento de opresión que lo embargaba al verse amenazado por cientos de armas de fuego, y no dijo nada ni tampoco sus camaradas. Al salir del pueblo, mientras se alejaban, cuando se disponían a dar una curva empinada, recién Waneta soltó una expresión de preocupación: “Debemos curar a Maycol. Ha perdido mucha sangre”. Y entonces, con una afirmación, Mardey y Adam le atendieron.

—Vieron lo que ha pasado —dijo Tim por fin, como liberándose de una carga.

—Es un pueblo maldito. Un maldito pueblo fantasma. Es como dijo Fabrer. Un maldito pueblo endemoniado —gritó Mardey.

—Aquellos sujetos armados parecían unos desquiciados, igual o peor que los monstruos vivientes —dijo Dark.

Adam, quien también limpiaba con gasa la herida de Maycol, exclamó:

—Sea cual sea nuestro plan, el mejor será huir de aquí. Ya tuvimos suficiente. Es como dijeron, mejor será no meternos en su guerra.

—Maldición, no puedo permitir que me hayan hecho esto —dijo Maycol quejumbrosamente.

—Calla, Mayqui, debes guardar energías para que te recuperes —le dijo Waneta, quien lo sostenía entre sus brazos mientras sus amigos lo atendían.

—Bastardos, son unos desgraciados bastardos. Prometo que me vengaré ni bien me recupere. Iré tras ellos y aplastaré sus cabezas.

—Tranquilo, Maycol, no te sulfures, pues te harás más daño —dijo Tim—. También comparto la idea de vengarnos, pero todo será a su tiempo.

Todos guardaron silencio, orquestado por el ruido de la camioneta avanzar entre curvas y más curvas. Lamentablemente, en aquella apartada región, no existía señal en los celulares. Cuando el crepúsculo empezó a pronunciarse, todavía no habían llegado al pueblo del que habían cogido los vehículos vacíos, y entonces revelaron su preocupación. Sintieron aquel imperfecto temporal y anímico más palpitante cuando dieron una gran curva pronunciada, demasiado sinuosa, casi circular, que en la ida no habían cruzado. Al dar la vuelta, Tim tuvo que frenar.

—Han pasado casi dos horas y parece que estamos regresando por otro camino —dijo.

—Diablos, tengo mucha sed —dijo Maycol débilmente.

—No crees que te hayas equivocado —dijo Waneta—. Yo también creo que estamos yendo por otro camino.

—Yo estuve atento durante todo el trayecto y no vi ninguna bifurcación o vía alternativa que Tim haya elegido —expresó Adam.

—Él tiene razón. Solo seguí el único que había.

—¡Pues entonces debes acelerar y llegar al otro pueblo, Tim! ¡Maycol está grave! —gritó Waneta.

Tim tuvo que arrancar y proseguir la ruta. Sin embargo, transcurrida otra hora, la oscuridad invadía la atmósfera, el frío se volvía más intenso y los animales noctívagos cantaban. El Jefe tuvo que frenar. Estaba confundido, molesto y amargado, pues a su espalda, apoltronada en el asiento trasero, Waneta lloraba la debilidad de Maycol; por su parte, Adam y Mardey también desesperados y coléricos le hablaban para que no se durmiese. Dark tampoco comprendía



cabalmente lo que sucedía. Entonces Tim maldijo y golpeó varias veces el timón soltando lisuras. Lo peor —él lo sabía— es que el combustible no les alcanzaría si deseaban volver. Se quedarían a mitad del camino sin alimentos ni bebidas, y con el amigo muriéndose desangrado.

—Será mejor que sigas —gritó Dark.

Como si hubiesen herido su orgullo personal, Tim arrancó violentamente y avanzó furiosamente. Iba a máxima y gran velocidad, que, tras girar en una curva peligrosa y oscura, casi trágica y mortalmente se desbarrancan a un precipicio. Tuvo que frenar intempestivamente, casi hundiendo salvajemente los frenos en la carrocería, al darse cuenta gracias a su mirada de halcón el final de la carretera.

Aquel frenado estridente y violento, que provoca casi una campanada de la camioneta, hizo que sus amigos se golpearan fuertemente. Todos exclamaron, entre insultos, imprecaciones y lisuras, su rabia y sus quejas, fuertemente adoloridos. Por su parte, Tim, que era el único que usaba el cinturón de seguridad, se desató y bajó a ver qué era lo que pasaba.

—Demonios, lo que nos faltaba —exclamó al ver un profundo y siniestro abismo, que alumbraba con la linterna de su celular.

Tim sufrió una terrible preocupación. Sin embargo, sabía que había salido victorioso de peores situaciones y volvió al volante. En el auto, sus amigos se quejaban lamentándose, especialmente Waneta, quien empezó a recriminarle con gritos y lágrimas. Pero Tim, sin inmutarse, dio media vuelta pensando en una solución. Aquella solo consistía en huir.

## LA FAMILIA DE UN CONOCIDO

Aquella noche de la graduación de su nieto, el anciano don Miguel habría de oír el nombre y apellido de su amigo de colegio Joaquín Salvatierra. Este era el padre de un jovencito de veintidós años que se graduaba con honores de su Alma Máter y tenía la distinción de ofrecer un discurso preliminar a la ceremonia. Con palabras grandilocuentes y entusiasmadas dirigidas a su progenitor por el apoyo incondicional que le dio, el muchacho fue uno de los más ovacionados aquella noche. Sin embargo, fue hace mucho tiempo que don Miguel no escuchaba la mención de alguno de sus compañeros de colegio, y menos los frecuentaba, pese a que varios habían alcanzado en su tiempo un renombre en la sociedad; por lo que sorprendido recordó el rostro de su amigo (aquel adolescente tímido que leía en la biblioteca en los recreos escolares) en las facciones de su proge: cabellos lacios y oscuros, cara ovalada y pecosa, ojos y nariz medianos, que revelaban armonía y sabiduría de carácter.

Al poco tiempo, don Miguel se contactaría con don Joaquín, y este le habría de invitar a su residencia un fin de semana.

En las afueras de la ciudad, la mansión vieja pero señorial se levantaba magistral al pie de una colina de baja pendiente en medio de jardines de árboles y flores exóticas. Al llegar a la entrada de la residencia, al que llegó solo y sin compañía gracias a los servicios de un taxi, un mayordomo lo trasladó en un auto de lujo hacia la mansión. Al bajar y subir unas gradas de mármol níveo, cruzó un lujoso vestíbulo adornado con cuadros de hermoso arte en las paredes, y entonces vio una sala de eminente belleza y millonaria decoración y, tras una entrada abierta de puertas ostentosas, la mesa servida opulentamente en el comedor. Aquella era enorme, de la madera más fina, perfectamente pulcra y ordenada. Las sillas acomodadas sobrepasaban la cantidad de una docena y, excepto una, todas estaban vacías.

El sol de las dos de la tarde caía entre los cortinones immaculados de las ventanas de marco dorado. En el lado superior de la mesa, sentado como un rey, don Joaquín le ofreció la silla derecha a su invitado, quien al asomarse cautelosamente tuvo que disimular una impresión con una seriedad poco convincente.

—Oh, uno a estas alturas ya se siente solo con tanta ausencia —exclamó don Miguel con voz emotiva al sentarse, refiriéndose a las sillas desocupadas.

—Creerá usted que mi tercera esposa salió a pasear con mi madre a la ciudad.

El convidado, tras dudar, se sorprendió y, finalmente, se alegró. Lo felicitó por la fortuna de tener a su madre todavía con vida, pues ambos ya sobrepasaban los setenta años. Los dos eran personas canosas, con carrillos en los párpados, incluso con surcos temporales en la faz del rostro. Era un regalo divino tener a una madre viva cuando uno ya entra a la ancianidad, le dijo con inocente camaradería y la intención explícita de no tocar el tema del tercer matrimonio de su amigo. Al ver a su magnánimo huésped, sin embargo, descubrió en él el aura de un semblante saludable y lozano que discrepaba del suyo. En efecto, don Joaquín gozaba de un aire conservado y poseía un talante vigoroso. Por su parte, don Miguel sufría una pequeña curvatura en el dorso y le limitaba, con su desfallecimiento general, los quehaceres cotidianos.

—Mis abuelos deben estar leyendo arriba en la biblioteca del tercer piso y ya bajarán, pues he

dado la orden para que nos acompañen en esta velada —expresó don Joaquín con tranquilidad sin tomarle mucha importancia, pese a que su amigo abría los labios en forma de una O asombrada y dubitativa—. Tomaremos también el lonche a las siete de la noche. Igualmente mis bisabuelos y tatarabuelos nos acompañarán a esa hora. Ahora ellos deben estar en uno de los jardines con la servidumbre listos para una merienda. Aunque mi último hijo está en Nueva York de vacaciones con su novia, y el resto de mis retoños con mis tesoros en París, Alemania, España, Italia, y Suecia, somos una familia numerosa.

Don Miguel, asustado por alguna extraña razón, sabía que Joaquín no mentía.

## EL CEMENTERIO PROHIBIDO

He tenido una extraña pesadilla durante el viaje. Vi lóbregamente una rata oscura encima de un velador mirándome con unos ojos maquiavélicos, mientras yo postrado en una cama de gravedad imbatible no podía huir, gritar o luchar. La desesperación por la cruel eficacia de aquella cama tétrica, la oscuridad asfixiante, un peso sobre mi pecho, junto con la vista cara a cara con aquel adfesio de roedor de bigotes temblorosos, forjó que la pesadilla me despertara de golpe.

La negrura de la noche hirió mis ojos. A mi costado, el conductor meneaba la cabeza escuchando una música extranjera. Al verme despertar y mirarle cansinamente, sonrió y dijo: “Ya falta poco para llegar, *hermano*”. Bostecé y sonreí para no tener que decir nada. Volví la cabeza hacia la parte trasera del auto, y vi que los asientos estaban vacíos. “Los primos se bajaron en el paradero anterior”, me dijo el conductor. Yo volví a sonreír y me quedé callado. Miré el reloj, que marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

—¿A quién visitará en Alpha, *hermano*? —preguntó el chofer, luego de casi un minuto de silencio.

—Voy al funeral de mi hermano —dije con pesar. Él hizo un gesto extraño en el rostro.

—Oh, lo siento mucho. Un hermano, un hermano. Qué lástima.

Se quedó callado y suspiré. El viaje empezaba a fatigarme los nervios. Yo tomé el último auto en el paradero, casi a las cinco de la tarde. Busqué recordar las palabras de condolencias que había planeado decir a mi cuñada al verla, pero estas se me habían ido de la mente. Quería aparentar ser natural al darle el pésame y odié mi frágil memoria. Pese a ello, había algo en mí que no deseaba ser natural con alguien que había hecho sufrir tanto a una persona que admiraba y quería mucho. En especial cuando lo hizo cambiar de alguien bueno y atento con la familia, a un ser resentido y maldiciente de los lazos que nos unía. Sin embargo, por la memoria de mis padres y por el cariño que aún resistía los estragos de los malos tiempos, decidí dar el último adiós al compañero íntimo de antaño, sin importar que aquella mujer menor a él por diez años ni siquiera se haya dignado en avisarme su deceso. Fue el señor Bergson, su vecino, quien me lo dijo ayer por la mañana.

Era él quien me contaba de las constantes discusiones y peleas que tenían Alex con su pareja Mariam. Según contaba, las últimas semanas Alex acostumbraba llegar tarde a casa luego de trabajar todo el día. Venía cansado, acaso estresado, y con hambre, pero Mariam para castigarlo (una especie de castigo hacia algo que el señor Bergson desconocía) no le preparaba la cena. Eso irritaba a mi hermano, quien le gritaba y le insultaba. Mariam se defendía y así comenzaban las discusiones y luego las peleas. Hasta que ayer por la madrugada, más o menos a estas horas que voy al funeral, sufrió el accidente que le quitó la vida. Despistó y volcó su camioneta varias campanadas en una curva fatal. Los policías y los fiscales dijeron que estaba ebrio. Eso fue confirmado en la necropsia de ley. Al darme la noticia, el señor Bergson había adoptado un tono sobrio, como si fuera la noticia que había esperado decirme desde tiempo atrás.

—¿Quiere que le deje en la plaza de armas? —preguntó el conductor al pasar por un letrero que anunciaba la bienvenida a Alpha, y destruyó mi abstracción. Asentí.

Al entrar a la ciudad, las calles y las casas poco iluminadas y como metamorfoseadas me resultaron diferentes a los recuerdos de hace un par de años. Tal vez por la oscuridad de la noche. El pueblo era pequeño, de doscientas casas como máximo. Aquellas viviendas apenas alcanzaban

los dos pisos, y la mayoría era de uno. Los vecinos decían, como si fuera lo único interesante que te podían contar tras ganarte su confianza, que hace dos décadas atrás en las afueras del pueblo, se había instalado una Base Militar Secreta. Por eso quizás recordé los avistamientos de extranjeros de rostros rosados, temples firmes y serios, vestidos de trajes regios, que hacían compras en las tiendas sin decir mucho. De mis recuerdos sobre mi única visita a Alpha, rescato la vista de un par de gringos que vestían demasiado formales.

Sin embargo, los pueblerinos parecían tener una especie de acuerdo de no comentar mucho sobre aquellas presencias, de ahí la reticencia de ellos ante mi primera curiosidad. Solo Alex me comentó algo al respecto. Sobre aquella base, dijo que era un centro de operaciones científicas con fines militares. Su origen se remontaba a un país imperialista, neocolonial y neoliberal, que había prohibido a los pobladores divulgar la información al respecto. Y a mí, que no pecho de curiosidad, me bastaron aquellos pequeños datos de Alex para no averiguar más. Al menos para mí, eso era lo único interesante que tenía el pueblo. Imagínense un pueblo donde apenas garúa, está casi en medio de un desierto, no existe salas de cine ni bibliotecas, solo hay dos tabernas y la gente apenas bebe los fines de semana. Mi hermano y un par de amigos eran la excepción, tal vez. En efecto, sacando cuentas, es un pueblo triste, como su gente, que ama ir al trabajo y luego encerrarse en sus casas viendo la televisión.

—Llegamos —dijo el conductor y yo, tratando de reconocer el panorama, me alisté para apearme.  
—Cóbrese —le pagué en billetes.

Al bajar, sin esperar mucho, el auto se dio media vuelta y se fue por el mismo camino que vino. Al parecer, tenía un garaje en la entrada del pueblo. Crucé diagonalmente la plaza hacia la avenida, con mi mediana valija en la mano. Al pasar por una pileta seca y sucia, y escuchar el silencio nocturno, dudé si el velatorio continuaba en la casa de mi hermano. Ubicaba a dos cuadras de la plaza de armas, el silencio mortal me preocupó. Al menos en los dos últimos funerales de familia, los deudos y los asistentes celebramos entretenidas conversas en memoria de los difuntos. Tengo buena impresión de aquellos días, contradictoriamente al dolor de perder a los familiares. Con una extrañeza renacida de pronto, a una cuadra de mi destino, creí haberme equivocado de expectativas. Y no fallé esta vez. La casa de mi hermano, como el resto de casas, dormía profundamente. Pensé timbrar telefónicamente a Mariam, pero su celular sonó apagado. De frente a la puerta, dudé en tocar fuertemente y, finalmente, me di la vuelta para buscar un hotel. Ni siquiera me fijé si el cinto de luto colgaba en el umbral.

Tuve que caminar por varias cuadras oscuras para encontrar uno. Era de dos pisos y tenía un letrero fluorescente que anunciaba “Hostal Cupido”. Estaba pintada de amarillo melón y la entrada brillaba exánimemente. Entré por un pasadizo y, al final, me di con la administración, un compartimento pequeño donde una chica somnolienta, con unos lentes enormes, dejó su celular para mirarme sorprendida.

—Señorita, ¿tendrá una habitación?

—Las simples están ocupadas y solo quedan las matrimoniales —respondió escuetamente.

—¿Cuánto cuesta la noche?

—Solo la damos por horas, y cada tres horas cuesta tres billetes. Los cuartos solo lo damos de tres en tres horas.

La miré con desconfianza. Sus gafas no me permitían ver la transparencia de sus ojos.

—Vale. Estaré hasta las ocho de la mañana.

—Pero conste que son casi las cuatro de la madrugada. Serían seis billetes con su documento de identidad.

Le alcancé los billetes y la identificación. Me dio las llaves y el control remoto de la televisión. Entré al cuarto 206, luego de subir unas gradas enlosadas y avanzar hacia el fondo de la construcción. Lo primero que sentí, y repudié al distinguirlo en toda la habitación, fue el olor pestilente a cigarrillo. Abrí las ventanas, corrí las cortinas y saqué la cabeza como una liebre asoma las narices al aire libre. Pude ver el techo de la casa vecina lleno de llantas, trastos viejos, sillas mutiladas, mesas rotas, ladrillos sucios y fierros polvorientos. Al mirar la cama matrimonial y apreciar la ausencia de un ventilador, me resigné y me eché sobre la cama pesadamente, como un hombre fatigado luego de un largo viaje. Cierta incertidumbre sobre el funeral y el sepelio me asaltaron de pronto, y dudé demasiado al respecto; sin embargo, un pantano de aguas oscuras me hundió casi instantáneamente, tal vez por haber trajinado más de veinte horas.

Creí soñar algo, pero al abrir los ojos y tratar de recordar las escenas oníricas, las había olvidado por completo. La luz solar caía con fuerza y bañaba la pateadera calentando mis piernas. Sentir el calor y olvidar mis sueños fueron la misma cosa. “¿Qué pasa?, ¿dónde estoy?”, me pregunté al cobrar mayor conciencia. “¡Ah, pero ha muerto tu hermano!”, vino aquel duro pensamiento que me aporreó la mente. Salté de la cama, cogí el reloj de la silla y vi las once y cuarto de la mañana. ¡Era tarde, demasiado tarde! Entré a la ducha tan desesperadamente que casi me caigo de cabeza. Una iracunda rabia, dirigida aparte contra mi pereza, me consumía contra la recepcionista. Debí avisarme la muy imprudente. Me cambié rápidamente y salí de inmediato. Bajé a saltos las gradas y, al ver la administración vacía y la puerta cerrada del hotel, creí que todo era una broma pesada. Llamé a la encargada golpeando toscamente el llavero contra la recepción, una y otra vez hasta cansarme. Al acercarme a la puerta, estaba asegurada con seguro y, lo peor, todavía nadie respondía. Di unas cuantas vueltas alrededor de la administración tratando de encontrar a alguien. Los cuartos del primer piso estaban cerrados al igual que en el segundo. Traté de tranquilizar el ruido de mi furia y agucé el oído. No se escuchaba nada. Un profundo silencio, tan convincente como el vacío del hotel, me desesperó más.

—Alguien que abra esta maldita puerta. Al mediodía entierran a mi hermano —grité ruidosamente. Pero no se oyó nada.

Entonces, un tanto exasperado, empecé a tocar furiosa y ruidosamente la puerta de la habitación 101, más al costado de la administración. Nada. Hice lo mismo con la 102, la 103, la 104 y la 105, pero por más que preguntaba por alguien ahí, no hubo resultados. “Diablos, qué está pasando acá”, me decía una y otra vez con la perilla temblándome y los lóbulos de la oreja ardiendo. No tuve otra alternativa que entrar, franqueándola, a la administración, buscar mi documento de identidad y salir del hostel forzando la puerta, luego de cruzar el pasadizo. Tuve que usar un cuchillo de cocina que descansaba encima de la mesa de la administración al costado de una manzana partida por la mitad, para romper el seguro de la entrada al hostel. Me bastaron cinco contundentes golpes con fuerte presión. Al jalar la puerta con rabia, que curiosamente estaba abierta de madrugada, el sol radiante y punzante me pegó un ardor soporífico.

Al avanzar varios metros rápidamente, cubriéndome con las manos de la intensidad solar, no me di cuenta que todas las casas de la avenida estaban cerradas. Lo entendí después, al voltear hacia el pasaje que me llevaba a la plaza de armas en dirección a la casa de mi hermano. También aquí no había ninguna puerta abierta. Dudé del tiempo observando el reloj. Las once y 45 minutos. Era evidente que el reloj no fallaba. Además, y esto era la cereza de la macabra torta, no había ningún viandante en la calle, ningún ambulante, ningún trabajador, absolutamente nadie ocupaba las calles. Solo ventanas y puertas cerradas de casas temerosas, con algunos autos vacíos y estacionados inertes como una piedra a la orilla de un río. Era como si nadie respirase en el

pueblo, como si hubiesen huido, como si yo continuara soñando. Para colmo, cuando quise llamar al señor Bergson, no había señal en el celular.

Solo al llegar a la esquina de la plaza de armas hirviendo como una sartén seca, pude ver una camioneta de la policía con sus luces de aviso encendidos. Estaba al frente de la municipalidad. Al acercarme presurosamente, creí ver a alguien adentro. Pero no había nadie luego de revisar atentamente. Sin embargo, al sentir una mano dura posándose en mi hombro, el corazón casi se me salta del pecho.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo una voz áspera y hombruna.

Giré en un segundo con el semblante contraído por el susto, y observé contrariado a un joven alto de rostro moreno y grave mirándome desconfiadamente. Mi lengua temblaba.

—Responda. ¿Por qué no se ha refugiado en La Colmena? —inquirió el hombre de cabeza rapada.

—Dios mío, qué susto. Casi me desmayo.

Me miró como a un bicho raro.

—Señor policía, ¿dónde están todos?

—¿Es usted extranjero? ¿Está de visita? ¿No sabe acaso del Plan B en casos de emergencia?

—¿Qué emergencia? ¿Qué Plan B? Vine a enterrar a mi hermano. Él falleció ayer. Y esta mañana me asusté al no ver a nadie, ni en las calles.

Cambió la expresión de incomodidad a suspicacia.

—¿Quién es usted? ¿Su documento de identidad?

—Espere un momento... Aquí lo traigo —dije buscándolo en mi billetera. El efectivo policial me escrutaba de manera miserable—. Aquí lo tiene —se lo di.

—Tiene que subir de inmediato a la camioneta, sin quejas ni murmuraciones —dijo tras dar un vistazo a mi documento de identidad—. Si usted se llama Alex Boj, necesita seguirme sin ninguna objeción.

—¿Es en serio? ¿Por qué? No hice nada malo. Solo viene al funeral de mi hermano —expresé con el más completo desconcierto y miedo.

—Olvídese de eso. Debe seguirme de inmediato —dijo con voz férrea.

—¿Qué está pasando acá? Yo no hice nada. No tengo denuncias ni nunca cometí alguna fechoría.

—Lo sabrá cuando me acompañe. Recuerde que estamos en emergencia —bajó la fiera de su tono.

—Dijo emergencia, ¿qué clase de emergencia? Necesito ver a mi hermano por última vez.

—Su hermano no será enterrado hoy. Es mejor que me siga sin hacer preguntas —respondió con voz amarga. Se colocó al lado de la caseta de la camioneta y abrió la puerta—. Entre de una vez, o yo lo subiré a la fuerza.

Miré alrededor y ni una mosca se divisaba a la vista. “Entre”, insistió el policía. Me esforcé en verlo a los ojos y vi sus furiosas pupilas y su ceño fruncido con rencor jalándome de la oreja. Tuve que entrar con gran desconcierto y mucha duda, pese a que barajé la posibilidad de enfrentarlo. Me acomodé y él, al cerciorarse que no intentaría nada malo, cerró con brusquedad la puerta. Entonces se dio una vuelta y subió rápidamente al volante. Parecía imperturbable, imponente y resentido, y no me dijo nada más. Arrancó el vehículo y manejó lentamente. Yo no sabía qué decirle, ni sabía qué sucedía realmente. De pronto, saliendo de la plaza de armas, el policía usó una radio para comunicarse con alguien.

—¿Halcón Tercero, me copia? —preguntó con voz metálica—. ¿Aló? ¿Halcón Tercero, comunicándome con Halcón Tercero?

—Le copio, Águila Uno. ¿Qué pasa por ahí?

—Encontré un sospechoso en la plaza de armas. Lo estoy llevando a La Colmena. ¿Es posible su internamiento?

—¿Un sospechoso?

—Afirmativo.

—¿Sabe su identidad?

—Se llama Alex Boj...

—¿Alex Boj...?

—Afirmativo.

—Aborte el internamiento. Repito: aborte el internamiento. Proceda con precaución. Sea cauteloso. Tenga mucho cuidado.

—Entendido y suscrito al pie de la letra —dijo Águila Uno y me miró de reojo con maldad.

De lo único que estuve seguro cuando Águila Uno cortó la comunicación, fue que algo no andaba bien. Pude darme cuenta perfectamente cuando el agente cambió pronunciadamente la dirección de la ruta, casi retomando el camino de ida y volviendo hacia atrás. Tuve un terrible mal presentimiento camuflado en un temor paranoico. Empecé a sudar y a sentir un impulso violento. ¿La Colmena? ¿Abortar el internamiento? ¿Proceder con precaución? ¿Tener mucho cuidado? Era evidente que había un perro muerto en todo esto. Empezamos a salir del pueblo y pude ver los médanos con ciertos cactus al borde del camino, y en todo ese trayecto mi corazón latía con fuerza una y otra vez. El mutismo de ambos crecía mi suplicio interior, un malestar ahogándome cruelmente. Pude sentir un frío helando mis piernas ya temblorosas, unos suspiros escapándose de mis labios con vacuidad, un vacío que se instalaba dentro mío al arrojar el aire que inflaba mi integridad. El tiempo parecía dilatarse como una goma de mascar, como esos mares de tierra y arena alrededor del camino, pero a la vez cabalgaba raudo como unos caballos compitiendo por sus vidas. ¿Abortar el internamiento? ¿Proceder con precaución? ¡Diablos, me querían matar!

—¿Aló, Águila Uno? ¿Me escucha? ¡Repórtese de inmediato! ¡Águila Uno!—empezó a sonar la radio.

—Sí, acá reportándose Águila Uno, Halcón Primero.

—¡Venga de inmediato a la Base Militar Secreta! ¡Es una orden! ¡Es una emergencia de Nivel Uno! ¡De inmediato!

—Tengo una orden de primer...

—¡Pues olvídalo! ¡Véngase de inmediato a la Base Militar Secreta! ¡De inmediato!

—Entendido y...

—¡Rápido, rápido! —gritó Halcón Primero y se cortó la comunicación.

—¡Diablos! —murmuró molesto Águila Uno y cortó.

Detuvo la camioneta en seco. Antes de que lleve sus manos al cinto para sacar su revólver o su marroca, yo, en total estado de exasperación y terror, le ahorqué con todas las fuerzas posibles que tenían mis manos y mis brazos. Trató de defenderse primero con sus miembros superiores, arañándose y sujetándose desesperadamente, pero al ver su inutilidad intentó con insistencia todavía sacar su arma. Sin embargo, el terrible enardecimiento me convirtió en asesino: le clavé en la yugular con un lapicero encima del tablero de instrumentos, que hizo saltar chorros de sangre caliente y oscura. Abrió y cerró los ojos con dolor. Al abrirlos de nuevo, sus pupilas perdieron su color y se clavaron en mi conciencia con oprobio. Su mirada parecía maldecirme. Sus manos me sujetaron poco a poco, en segundos, cada vez menos fuerte, desfalleciendo exánimemente mientras yo lo seguía ahorcando, hasta recostarse vencidos e inertes. Al expirar, el último e hiriente hálito de su boca desgarró mis entrañas. Me dieron ganas enormes de llorar, pero yo solo lancé un



quejido sordo desde lo más profundo de mi corazón. Había matado por primera vez.

Saqué el cadáver de la camioneta pesadamente, que al igual que yo tenía embarrado todas las vestiduras de enormes manchas sanguinolentas. Me limpié el sudor de la frente. Tuve que colocar el cuerpo sin vida en medio de unos cactus huraños, y cubrirlo con tierra y piedras, brozas y pastos, todo bajo el terrible sol de mediodía. Aquello me demoró casi una hora, pues lo hice empeñosamente como un cobarde huye de ser vencido. A casi un metro de la camioneta, escuché la radio encendida emitir unos gritos furiosos, y temí lo peor. Tuve que concentrarme para entender las palabras emitidas: “¡Las cosas se han salido de control! ¡Repito: las cosas se han salido de control! ¡Todas las unidades apersonarse a la Base Militar Secreta! ¡Es una orden de Nivel Uno!”. Al escucharlas y captar su sentido, un sentido que yo no entendía, dudé si todavía no despertaba de una terrible pesadilla.

\*\*\*

Tuve que tomar un desvío para no toparme con Alpha y así poder llegar a la ciudad más cercana. Sin embargo, a mitad de camino, luego de cambiarme con ropa limpia y botar la manchada con sangre, hallé una escena grotesca. A veinte kilómetros de Alpha, existe un puente de cien metros y, antes de cruzarlo, me detuve para satisfacer mis necesidades. A eso de las dos de la tarde, estacioné el vehículo a un costado de la vía y, cuando me disponía a mear un poco presuroso, sentí un hedor pútrido y asqueroso, y al ver mejor el panorama, distinguí que el color amarillento del río era una especie de desagüe inmundo. “Oh, cielos, qué demonios es esto”, me dije confundido. Al aguzar la vista, pude reconocer a varios pescados flotando bocarriba, un vaho espantoso emergiendo de las aguas, varias nubes de moscardones zumbando peligrosamente, y extrañamente vi al borde de las orillas cadáveres de dos perros agusanándose y como cuatro gallinazos siendo el futuro banquete de la miasis. Y el calor caldeando protervamente hizo que me impresionara más.

Al terminar de mear apresuradamente, corrí hacia la camioneta y embalé la velocidad. Había destruido la radio para no escuchar las órdenes y los gritos de los superiores y compañeros de la víctima, además de quitar las luces policiales de aviso. A casi medio kilómetro de llegar a la ciudad de Lewis, la más próxima a Alpha, tuve que dejar la camioneta estacionada y continuar el trayecto a pie. Mientras avanzaba con presteza y esfuerzo entre las casas próximas, vi dos tiendas abiertas con personas sonrientes dentro, lo que me produjo cierta calma. Tal vez lo que pasó en Alpha todavía no había llegado ni iba llegar a Lewis, y tuve esperanzas. Casi al terminar la primera cuadra de la avenida de ingreso a aquella ciudad, una cantina abrió sus puertas en la misma esquina, y, dudando sigilosamente entre confusas alternativas, ingresé con sentimiento de contrariedad y preocupación. Dos mesas copadas por tres y cuatro parroquianos respectivamente, con el cantinero jugando a las cartas con un adolescente en una mesa al lado del compartimento donde se refrigeraban los licores, me parecieron ser un refugio confortable para aliviar la tensión que sentía. Además, el ambiente sombrío y fresco era reparador.

Me senté en la mesa al costado de la puerta de ingreso al local, como para poder ver ocultado el tránsito en la calle sin ser visto por los viandantes. El adolescente vino y me preguntó qué quería. Le pedí una cerveza. Estiró la mano y tuve que pagarle por adelantado. Tomé con angustia mi primer vaso recapacitando lo sucedido, cuando luego de escuchar el ruido escandaloso de las sirenas policiales, vi pasar una media docena de camionetas militares a gran velocidad. Me paré de inmediato y dudé en salir, esconderme, o solo quedarme quieto. Los

parroquianos volvieron sus cabezas un rato, pero después continuaron enfrascándose en sus divertimentos. De pronto, vi que las personas se amontonaban en las calles, creando una atmósfera de muchedumbre incipiente, con algunos policías ordenándoles mantener la calma. Yo para eso me había colocado al costado de la puerta, sacando la mitad de mi cara para observar los extraños acontecimientos. El cantinero y el adolescente se me acercaron, pasaron por mi costado y salieron a la vereda. Yo me coloqué a sus espaldas.

Pudimos ver que las camionetas del ejército se habían estacionado en el ingreso de la avenida, cerrando el paso, con varios militares sujetando armamentos de largo alcance. Por su parte, los policías sujetando altoparlantes comunicaban a las personas que no salieran de sus viviendas, que regresasen de una vez por todas a ellas. La gente se conglomeraba, miraba el panorama asombrados, y se regresaban a sus casas hablando desesperados. Los borrachos de la cantina dejaron de beber y salieron a ver qué pasaba. Yo les dije que tampoco sabía nada cuando me lo preguntaron. Entonces, el adolescente le dijo al cantinero que la cosa se iba a poner fea y que mejor cerraran el local, y él aceptó. Los seis borrachos (pues uno había entrado de nuevo a miccionar) pitearon y se opusieron, pero el cantinero les gritó e insultó fieramente, amenazándoles con los puños. El adolescente tuvo que desalojar al meón con empujones, y como este era gordito y joven, de rostro amistoso, se dejó sacar sin armar una bronca. Sin embargo, uno de los cuatro parroquianos se envalentonó y le reclamó que les dejen acabar la botella que faltaban, pero el cantinero lo rechazó tajantemente, y se iban ir a las manos sino venía un policía a poner el orden. De inmediato, me alejé del lugar.

Alejándome vi que seguían llegando más camionetas militares haciendo chillar sus sirenas, y la gente seguía husmeando preguntándose qué diablos pasaba. Se preguntaban: ¿Un megaoperativo policial? ¿Ha estallado una guerra? ¿Ha ocurrido un desastre? También vi llegar a reporteros con caras esmirriadas de ratones con sus cámaras fotográficas a cubrir el evento atemorizador. Continué alejándome cuerdas y más cuerdas a pie, con el ritmo de mi corazón a mil por hora.

Sabía que tenía poco dinero para gastar, y por eso decidí tomar un colectivo para dejar atrás a Lewis. Preguntando a uno y a otro, pude guiarme donde quedaba el paradero de colectivos. Sin embargo, al llegar a la zona, el caos se había instalado entre los vehículos y los pasajeros, quienes luchaban para subir desesperadamente a un colectivo. Incluso vi que rompieron las ventanas de un minivan atiborrado de personas, donde el pasajero damnificado con las trizas rasmillándole no pudo bajar a darle su merecido a los culpables. Entonces el tráfico vehicular invadía caóticamente las calles de Lewis, coreado por bocinazos, gritos y bullicio. Los conductores, al tener un espacio libre, aceleraban sus vehículos imprudentemente, lo que ocasionó varios choques que atizaron la congestión vehicular. Por su parte, los viandantes corrían o caminaban presurosamente de un lado a otro, cada quien con diferente dirección.

De pronto, me vi atrapado en un caos, en un tráfigo cuya encrucijada era una de las muchas de un laberinto desesperante. Mantuve la calma y me dirigí a la comisaría de la ciudad. Pensé en entregarme a los efectivos policiales por el crimen que había cometido, teniendo la consideración o el instinto desolador de que los policías de Lewis parecían representar mejor la justicia y la seguridad que aquellos militares de la Base Militar Secreta de Alpha. Además, suceda lo que suceda, estaría mucho mejor rodeado de guerreros que estar desamparado al aire libre.

Al ver la comisaría, caí en la cuenta que ella era el corazón del desorden y la desesperación. Cientos de personas buscaban asilo ahí dentro, pero una fila de efectivos policiales, cercado la instalación castrense, no les permitía asomarse adentro; incluso les

retenían a culatazos y empujones, amenazándoles fieramente. Me di media vuelta y, antes de dar unos pasos, dudando severamente, tuve la sensación que aquello ya lo había vivido en algún momento de mi vida, pero no supe en cuál. Avancé dispuesto a conseguir un auto a las buenas o a las malas, ya totalmente envalentonado.

Antes de voltear una esquina, una moto lineal modelo ninja conducido por un tipo extraño se detuvo ruidosamente delante de mí. Aquel me miró con una expresión extraña en su mirada y con los labios acentuándose me preguntó:

—¿Eres Alex, el hermano de Joao?

Con cierta duda y asombro, asentí afirmativamente.

—¿Sí? Pues bueno, Alex, tienes que subir. Tengo que llevarte a otro lugar.

Al soltar un gesto de sorpresa y duda, vi en su cinturón un revólver a un lado y al otro un enorme cuchillo. Vestía también un polo negro con un chaleco de guerrillero, y unas botas duras y prístinas. Me detuve en seco y le miré con suspicacia, temerosamente.

—No te preocupes, no te haré daño, Alex. Solo debes seguirme, lo que quiero es ayudarte.

—¿Quién eres?

—Tu hermano Joao no murió en un accidente de tránsito, y yo, créeme, fui su gran amigo. Puedes llamarme Leo. Sé lo que le pasó. Si quieres saberlo completamente, debes seguirme.

—Pero...

—No tenemos mucho tiempo.

Tras mirarlo detenidamente, con estupor, la serenidad de su semblante me dio cierta confianza, primero dudosa y luego más sólidamente.

—Vamos...

Avancé con lentitud, él inclinó la moto y yo, todavía dudosamente y en silencio, subí con cierta destreza en la parte trasera. Me acomodé perfectamente y él, antes de arrancar, me preguntó si estaba listo. Solo dije que sí. Arrancó con ruido y, esquivando con destreza y habilidad, superamos el tráfico y caos vehicular. Nos dirigimos, pude verlo, al norte de la convulsionada ciudad, fragmentada y desesperada. Se estacionó en un edificio de quince pisos, que ocupaba la mitad de la cuadra. Al bajar de la moto, de la puerta de cristales resquebrajados de la entrada, salió corriendo un hombre con el rostro destrozado y sangriento, con una rajadura en el cráneo, y se lanzó sobre Leo, quien antes de ser alcanzado sacó su arma y le baleó en la frente y la mandíbula. El agresor cayó al suelo de espaldas, y en el piso los pies le temblaban como si todavía estuviese vivo. Yo me quedé estupefacto, lleno de asombro y terror, y quise correr para escapar, pero al girar la cabeza, miré las calles vacías, sucias, desordenadas. Al parecer, aquel lugar había sido una de las primeras en sufrir el pánico general que asolaba a Lewis.

—Ven, vamos, tenemos que ir —me dijo Leo al ver la máscara de miedo en mi semblante. Yo retrocedí unos pasos—. Te lo explicaré en el trayecto. Nos están esperando.

—¿Por qué? ¿Por qué lo mataste? —le pregunté incrédulamente.

—Lo que te puedo decir ahora es que estamos en un peligro inminente, una amenaza catastrófica. Ese tipo no era una persona normal. Lo probable es que una muchedumbre de tipos como aquel —apuntó al cadáver con los pies agonizantes—, tome la ciudad de Lewis. Y no podemos perder más tiempo.

Lo escuché con suspicacia, contrariedad y vacilación. Iba a avanzar unos pasos, cuando de la puerta empezaron a salir una mujer y un niño totalmente bañados en sangre, con las ropas mugrientas y desgastadas. Acercándose más, vi que tenían la mirada con las pupilas blancas, como si tuvieran una ceguera blanca. Avanzaban con lentitud, arrastrando las piernas, dejando atrás

suyos una estela roja y oscura. Leo sacó un enorme cuchillo de su cintura y otro del muslo, y uno en cada mano, corrió hacia ellos y atacó primero a la mujer, encestándole varias cuchilladas en la cabeza. Cuando el niño se esforzó en morderlo tomando cierta ligereza, Leo le dio un puntapié en el rostro que lo tumbó, y le remató con varios golpes letales en el caletre. Entonces el amigo de Joao se irguió en medio de los cuerpos más inertes que nunca. Era el vencedor.

—Cielos, esto es una pesadilla —dije lo suficientemente fuerte para que me escuche—. No son acaso unos malditos zombis aquellos monstruos.

—La verdad es que ya están acá —dijo con incomodidad y me miró firmemente. Sacó un celular del bolsillo estrecho de su pantalón oscuro, luego de que aquel timbrara insistentemente—. Qué tal, Ray... ¿Siguen en la guarida?... Entiendo, entonces bajo de inmediato... —habló por el móvil—. Vamos, nos están esperando —me ordenó. Yo, sorprendido, absorbo como lo estaría un hombre que ha perdido la razón, le seguí con cada vez más confusión.

Entramos con precaución por la puerta de lunas resquebrajadas y adentro, con las luces apagándose y prendiéndose, pude ver la elegancia estropeada del interior del edificio. Avanzamos en diagonal por el salón enorme de pisos marmóreos y bañados con manchas de sangre a ciertos tramos, adornado de macetas con geranios hermosos y de paredes bellamente pintadas de un blanco límpido, hasta llegar a una puerta con un anuncio de “Prohibido el ingreso. Solo personal autorizado”. Se ubicaba a un extremo, apartado del resto de puertas, ascensores y diversas recepciones entonces abandonadas. La abrimos y ya nos encontrábamos en otro compartimento, oscuro y silencioso. Leo encendió el interruptor y la luz trastabilló hasta alumbrar a media caña el pasadizo. Ahí todo parecía más calmado. Nos dirigimos hacia el fondo, donde al final descendimos una escalera. Bajamos dos sótanos y, en el límite de la construcción, un portón de acero nos impidió el paso. Leo dijo algo y el portón metálico se abrió lateralmente.

Era un pequeño laboratorio, con máquinas sofisticadas de muchos botones y pantallas abigarradas, en cuya parte central conversaban, cercados por barandas lustrosas y más equipos tecnológicos de última generación, dos hombres (uno de cabellos rubios y el otro de cabellos morenos). Ellos clavaron los ojos al vernos aparecer debajo del umbral de la puerta. Al acercarnos, la puerta se cerró juntándose mecánicamente y el rubio subió unas gradas hacia nosotros. Nos saludó y, sin más preámbulos, escupió lo que me atormentaba.

—Ahora solo quiero que me digan qué pasa. ¿Qué tengo que ver yo con lo que está pasando y qué le ocurrió a mi hermano? ¿Qué está pasando en estas malditas ciudades? —inquirí con angustia.

El de cabellos morenos y Leo miraron al rubio con ansiedad, y finalmente Leo dijo:

—Dile, Ray.

Ray se sacó el delantal blanco que usaba y, empleando un tono amistoso, dijo:

—Te ofrecería un asiento o algo de beber, pero veo que tienes prisa por saber lo que está pasando...

—Sí, quiero saberlo de una vez.

—Bueno, empezaré por lo de tu hermano. Te sorprenderás, pero él era nuestro ayudante infiltrado en la Base Militar Secreta; es decir, un espía que nos daba toda la información necesaria sobre lo que pasaba adentro. —Respiré hondamente mientras Ray seguía hablando—. Supongo que no lo sabías, pero él hacía eso. Por nuestro lado, y escúchalo bien, nosotros somos del Gran Reino, el país antiimperialista por excelencia, y veníamos investigando sobre la nación que más guerra nos ha dado, que nos odia a muerte y que más nos ha amenazado: El Señorío. Los tres que ves acá, somos agentes especiales capaces de enfrentarse a diez feroces asesinos y salir victoriosos. Fuimos entrenados para matar, como lo fue tu hermano Joao. Sobre el destino final de él, es

mentira que haya muerto luego de volver de su falso trabajo mediocre, sino que fue descubierto por los soldados de El Señorío. Su paradero es incierto. No sabemos si ya lo han matado o lo siguen torturando. Lo que sí sabemos es que a las horas siguientes de ser capturado, los enemigos se encargaron de su mujer y de la familia del vecino que le llamaba a usted, aquel señor Bergson —dijo Ray con más desenvoltura, con la debilidad tensándose a fortaleza espontánea—. Y lo que está pasando ahora en Alpha y Lewis, y lo que podría pasar en el resto de estados de Marginalia, es la consecuencia de la detención de Joao, pues esa era la orden establecida si es que le descubrían —dijo y se calló con una mirada que parecía de pronto desafiante.

Yo pude sentir que mi corazón palpitaba fuerte, dando tumbos en mi pecho. Sentía una cruel incertidumbre a pesar de toda la explicación de Ray. Tuve un malestar general y, sin seguir el hilo de la conversación, pedí con voz trémula agua para beber y un asiento donde sentarme. Leo y Ray me lo dieron en pocos segundos.

Al probar la bebida, como una potente droga alucinógena, casi perdiendo el conocimiento, vislumbé una terrible realidad apocalíptica, que me nubló la mirada y me desconcertó la mente como si me hundiera en el lodo más oscuro e inmundo. Era como la epifanía delirante que sufre el agónico en su lecho de muerte. Lo sentí en carne propia, como si una guadaña hiriera la pupila de mis ojos, que al cegarme, me revelara la crueldad de otra mirada. Por alguna razón, creí que todo nacía ahí, y ahí todo terminaba.

\*\*\*

Aquel mundo donde me desplomé, era lóbrego y sórdido, apenas alumbrado con una luz mortecina que no sabía de dónde emergía. Caí en la cuenta que, sombríos y alejados, tres jóvenes, dos ancianos y un niño, dándome la espalda, temblaban de miedo a un costado del portón de madera. Aquella, de matiz sanguinolento y totalmente cerrado, parecía ser aporreada y golpeada salvajemente desde afuera, y amenazaba que pronto sería derribada. Intenté acercarme a aquel grupo aterrorizado para preguntarles sobre lo que sucedía, pero al dar unos pasos, vi que la distancia se dilataba como un acordeón agitado por brazos infrahumanos. Al inicio no me impresioné, pero al ver que pese a moverme no avanzaba, intenté gritar para llamar la atención de aquellos acompañantes. Sin embargo, el clamor desgarrador de mis pulmones sonó tan débil que únicamente yo podía escucharlas. O eso creía. Aborrecí aquella sensación. Entonces escudriñé, azuzado por una fuerza sobrenatural, en la mirilla de la enorme puerta, y pude ver, como se ve un panorama íntegro desde un mirador, la ciudad destruida. Enormes ventarrones huracanados, lluvias torrenciales, relámpagos y truenos estridentes, inmensos edificios derruidos, autos malogrados, calles rajadas con heridas grotescas, semáforos derrumbados, puentes destrozados, veredas desconchadas, parques destruidos, paneles partidos, viviendas aplastadas, basurales despanzurradas, incendios atizándose ante las inclemencias, y otras atrocidades igual de horripilantes. Afuera existía el caos, la destrucción y la muerte. Quise desclavar la mirada, pero al intentarlo, un ojo de iris roja me sujetó encadenándome los impulsos. Le pertenecía a un sujeto con un puñal en la espalda ensangrentada, detrás de la puerta, que vestía andrajos y curiosamente se quedó parado viéndome. Al ampliar la visión, alrededor de él cientos de personas accidentadas —solo así se podría calificar sus desfiguraciones, sus contusiones, sus desnucaciones, sus heridas, sus hemorragias, sus quemaduras, sus dislocaciones, sus fracturas, sus torceduras, sus distensiones, sus lesiones, sus moretones, sus mordeduras: su estado lamentable y terrorífico— aporreaban la entrada clausurada que conducía hacia donde yo petrificado y espantado no era

responsable de mis actos. Desesperado retrocedí para liberarme de la fuerza omnímoda, y caí de espaldas en un charco maloliente. Resbalé al intentar levantarme. Me ensucié con aquella porquería. Al aguzar la vista, mis silenciosos y misteriosos acompañantes habían desaparecido. Contrariado, al volverme hacia atrás, observé una luz calurosa, y entonces, como si me hubiese liberado de lo inexorable, corrí en dirección contraria a la amenaza destructora. Precipitadamente, al recibir el calor, me descubrí en una terraza. Al asomarme a la balaustrada de aquel lado, pude ver desde lo alto un enorme cauce seco, sin aguas, lleno de grava polvorienta y arbustos minúsculos. Giré instantáneamente la cabeza para volver a observar la oscuridad nocturna de la cárcel de donde hui, y vi un cielo encapotado, con las nubes negras comiéndose las resplandecientes del cenit, que ensombrecía la otra mitad de la terraza. Corrí a ver lo que revelaba aquel espectáculo y, al hacerlo, solo vi abajo la ciudad vacía y silenciosa, como abandonada completamente. Aquello, pese a todo, me tranquilizó. Sin embargo, el cielo que me cubría se cargó más de nubes oscuras y amenazantes, relampagueantes y estruendosas, y de pronto empezó un aguacero impetuoso, con rayos y truenos. En segundos, sentí un temblor fuerte del piso y escuché el estruendo de deslizamientos de rocas y tierra. Busqué la forma de salir intrépido de aquel espacio, pero la terraza no tenía salida. No había una puerta ni gradas para bajar, y solo aquel terremoto agitaba cruelmente mi corazón como el edificio temblequeando. En la correría de un lado a otro, al sentir la inclinación exasperante, me sujeté de la balaustrada con todas mis fuerzas, y pude ver, con terror y asombro, que empezaban a descender aguas turbias, sucias y rabiosas, desde las alturas del cauce. Con la lluvia y el terremoto hace poco iniciados, las aguas empezaron a mojar las riberas, luego desbordarlas y, finalmente, inundar las calles de la ciudad. Al instante, la corriente del río parecía que hundiría también la terraza donde yo luchaba contra aquel sismo, tormenta y aguacero de gran magnitud. De pronto, cerré los ojos, deseando que todo acabara de una buena vez. Y sentí horrorosamente que la terraza se rajaba por la mitad y, al instante, la otra parte se derrumbaba estrepitosamente entre la marea de aquel mar —sí, el río se convirtió en un océano embravecido y mortal—, y supliqué morir sin dolor y sin sufrimiento. Sin embargo, las gotas de lluvia dejaron de caer de un momento a otro, dejó de trepidar la terraza, y salió un sol límpido y seco. Apretando los labios con anonadamiento y parpadeando trémulamente, oyendo el rumor de las aguas más calmadas y observando que se consumían débilmente, pensé, aunque no muy confiado (he ahí la duda de la experiencia), que todo había terminado. Sin lógica alguna, descubrí unas barandas de unas gradas hacia el piso de abajo. Tuve que cerciorarme como tres veces para no ser engañado. Como si no tuviese otra opción, tuve que usarla para salir de la terraza. Al descender unos cuantos pasos, mirando a todos lados, me encontré en una habitación confortable, con una sala con muebles y una cocina bellamente implementada, cuya pared del fondo estaba hecha a base de vidrio transparente. Me asomé y distinguí, a varios metros detrás de ella, a Joao, Leo, Ray y Jack (cuyo nombre se me reveló como una sentencia), quienes avanzaban hacia el horizonte. Sin embargo, desde la franja del crepúsculo, corrían hacia ellos una muchedumbre de monstruos —entonces comprendí que lo eran—, dispuestos a devorar a mi hermano y sus compañeros. Traté de romper el vidrio para ayudarles a huir, pero era imposible. Era duro como el acero. Lo peor fue que ellos no me distinguieron. Tampoco oyeron mis gritos y los golpes contra la barrera transparente. Ni siquiera se volvieron hacia mí. Parecía que conversaran entre ellos, y yo no los podía oír. Entonces vi que los cuatro sacaron, de sus trajes de guerra, armamentos de corto y largo alcance, y, cuando estuvieron cerca, empezaron a atacar a aquellos caníbales salvajes. Se abrieron paso, dándoles muerte con una destreza única, hasta colocarse en el centro de esa masa grotesca y carnívora. Eran el epicentro de

una contienda épica, apocalíptica y trágica. Yo, por alguna razón, podía verlo todo. Joao tenía una metralleta que disparaba cien balas por segundo, Leo poseía dos potentes magnum en cada mano, Ray se defendía con un rifle ágil de disparo y rápido de cargar, y Jack usaba un revólver con la derecha y con la izquierda arrojaba granadas. Ellos luchaban arduamente separados por un metro de distancia, cada uno cubriendo un diferente punto cardinal. Sin embargo, sus amorfos y pérfidos rivales era una multitud infinita, y cada vez más parecían más bravos. El primero en perder el dominio fue Jack, quien de pronto gritó pidiendo ayuda. Joao, a su costado izquierdo, tuvo que ampliar el rango de sus ataques para apoyarlo; mientras que Leo también cubrió a Joao. Sin embargo, aquella barrera romboide erecta, trastabilló cuando Ray no pudo continuar su límite de defensa. Los monstruos se le venían encima cada vez más cerca y, finalmente, le atacaron con sus mandíbulas hambrientas. Solo cuando Ray gritó con todas sus fuerzas su dolor, los amigos lucharon por salvarlo; pero sus voraces enemigos aprovecharon para apretar más duramente su embestida, y lo lograron. Jack no pudo cuando una decena, y luego cientos, le aplastaron y empezaron a comérselo vivo. Joao, desafortunadamente, recibió el ataque por la espalda y los costados, pero luchó hasta el final. Cuando no pudo disparar más por la multitud que lo abrazaba terriblemente, como acto final y heroico, manipuló una dinamita que le hizo explotar en mil pedazos junto con varios de esos seres macabros. Por su parte, Leo sufrió la misma tragedia: murió a punta de dentelladas, arañazos, apretones, y muchos golpes. Yo, espantado y anonadado, derramé lágrimas gruesas por la desgracia, y entonces comprendí que ya nada tenía salvación. Aquellos asesinos brutales y caníbales salvajes, casi al tragarse en segundos a sus víctimas, como si olieran en mí un banquete humeante y sabroso, se volvieron con gran interés hacia donde yo lloraba, y entonces se lanzaron en búsqueda de mi cabeza. Intenté huir, pero inexplicablemente tenía sujetados los pies por enormes serpientes de lenguas viperinas que amenazaban con aniquilarme. Los muertos vivientes —aquellas criaturas sedientas de sangre y alma— empezaron a tratar de destruir aquella pared límpida y panorámica, golpeándola, arañándola, y pateándola. De pronto, cuando el vidrio se resquebrajaba y se helaban las esperanzas, las sierpes me hundieron, sujetándome duramente, en el piso transformado en lodo húmedo. Finalmente caí, totalmente solo y abandonado, exasperado y paranoico, parado y expectante, en medio del desierto, ardiendo con el sol de las cuatro de la tarde. Lo comprobé en el reloj que, limpio y bien sujetado en mi muñeca derecha, indicaba las 4:44 p.m. También vestía, como si pretendiese guardar el luto de un familiar, un traje de oscuro perpetuo, limpio y recién planchado. Sentí entonces un mareo convulso, como si el Alzheimer o una laguna mental profunda me atacasen en ese instante, y recordé a duras penas y en tinieblas lo que había sufrido hace unos instantes. Solo con mayor claridad, supe la noticia de la muerte de mi hermano. Además, vislumbré exánimemente el plan de ir a su sepelio. Al recobrar un atisbo de lucidez, me hallaba al pie del camino en medio de un mar de tierra, piedras y yerbas hurañas; ahogado en un vacío mental de aguas etéreas pero vacuas, prístinas pero profundas, como si me hubieran lavado el cerebro. Sin embargo, con cierto alivio, sentía desvanecerse algo sufrido espantosamente, que palpitaba cada vez más débil aunque no lo recordara cabalmente, sino se extinguía lentamente como una gota de sangre surca una sien descerrajada. Al rato, creí que todo había sido un lapsus mental de un pensamiento obsceno o el débil recuerdo de la pesadilla de la madrugada de hoy que, según ahora recuerdo límpidamente, vaticinó la desgracia fúnebre que en este momento sufría. Así creí que aquel resto de la memoria solo era eso, un anuncio onírico disipándose con la realidad: el sol, el desierto y la noticia de la tragedia fraterna. Cuando recuperé más claridad de la situación, distinguí en el horizonte un auto asomándose y levantando una polvareda que imaginé era el que me aguardaba desde siempre.

**FIN**